

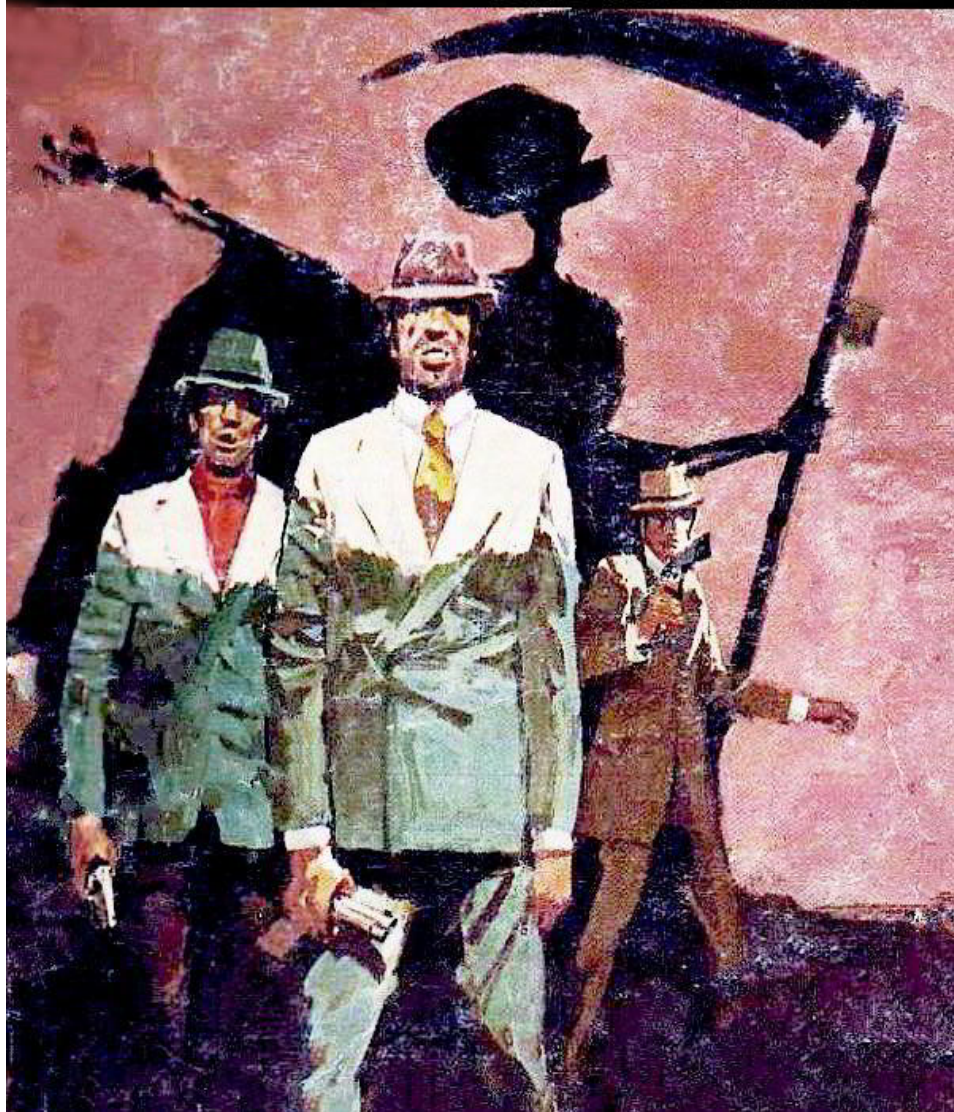
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

VAN HACIA LA MUERTE

Burton Hare



Estaba sentado en un coche, eso era seguro porque a una pulgada de mi nariz había un volante y más allá el salpicadero anticuado, y el parabrisas, y aún más allá una oscuridad absoluta.

Aquello era un coche, pero estaba ladeado de un modo muy curioso. Mi cuerpo descansaba contra el respaldo y era igual que si el morro del coche apuntara a las estrellas.

Sacudí la cabeza. O intenté hacerlo, porque el primer movimiento brusco empezó a dolerme como el infierno. Resultó una llamarada que se extendió por el resto del cuerpo y ya no hubo una pulgada de mi piel que no doliera con creciente intensidad.



Burton Hare

Van hacia la muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1411

ePub r1.0

Lds 24.11.18

Título original: *Van hacia la muerte*

Burton Hare, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba sentado en un coche, eso era seguro porque a una pulgada de mi nariz había un volante y más allá el salpicadero anticuado, y el parabrisas, y aún más allá una oscuridad absoluta.

Aquello era un coche, pero estaba ladeado de un modo muy curioso. Mi cuerpo descansaba contra el respaldo y era igual que si el morro del coche apuntara a las estrellas.

Sacudí la cabeza. O intenté hacerlo, porque el primer movimiento brusco empezó a dolerme como el infierno. Resultó una llamarada que se extendió por el resto del cuerpo y ya no hubo una pulgada de mi piel que no doliera con creciente intensidad.

Meforcé a quedarme quieto, tranquilizándome. Un accidente, seguramente. Sólo podía tratarse de un accidente a mi modo de ver, pero me zumbaba de tal modo la cabeza que no podía recordar nada.

Al fin desvié los ojos de aquella oscuridad y examiné el coche. No lo había visto en mi vida. Debía tratarse de un viejo modelo «Dodge» a juzgar por los instrumentos. Tenía la tapicería desgarrada y hecha trizas, llena de polvo.

La cosa cada vez tenía menos sentido, así que tanteé la portezuela y sólo tocarla se abrió.

Más allá de la abertura, sólo había el negro vacío de la nada. ¡Cuernos! ¿Sería todo una pesadilla?

Asomé la cabeza.

Era para morirse. Debajo del mío había otro coche, abollado completamente, y más abajo aún, otro más moderno, pero no mucho.

—¡Eh! —grité.

El sonido de mi voz hirió el cerebro y me entraron las náuseas.

Eso aclaró algunas dudas.

Yo había bebido. Había bebido como un cosaco, para decirlo de algún modo.

Muy bien, la cosa empezaba a aclararse. Había bebido durante horas, dando tumbos de aquí para allá, pero caminando. No utilicé ningún coche, así que el despertar metido en uno era como para preocupare.

Además, estaba el dolor de todos mis huesos, y el ardor de mi cara, como si la piel estuviera abotargada y tirante.

¡Dios, qué mal me sentía!

Decidí abandonar el coche y echar un vistazo al lugar. Quizá acertase a pasar alguien por la carretera.

Con muchas precauciones, porque la cabeza me daba vueltas, descendí de mi auto hasta el techo del que había debajo. Luego pasé el último, al que estaba sobre el suelo. Y allí me convencí de que estaba mucho peor de lo que había imaginado. Ya no eran tres coches hechos trizas, sino muchos más. Debía haber sido un accidente en cadena, un amontonamiento de chatarra como solo podría encontrarse en un cementerio de coches.

Solté un juramento al comprender. ¿Qué otra cosa podía ser todo aquello, más que un cementerio de coches para desguace?

El misterio era el hecho de qué estaba haciendo ya allí, de cómo había llegado hasta ese endiablado lugar si estuve lo suficientemente borracho como...

Me paré en seco. Empezaba a recordar algo más. Algo que quizá explicaría el terrible dolor que atenazaba mi cuerpo.

El grupo de bastardos... Nutting y su corte...

Me senté en el capó de un viejo «Caddy» que, ya chatarra, todavía conservaba su empaque. Empecé a pensar y me encontré rechinando los dientes, porque recordar no era nada bueno en mis circunstancias.

Mi repaso de la memoria duró una eternidad. Cuando creí estar en condiciones de valerme por mí mismo el alba apuntaba en el firmamento, descubriendo las montañas de chatarra que me rodeaban. Seguía siendo un misterio cómo había llegado hasta ese lugar.

Busqué la salida del cementerio de coches y anduve danto traspiés por una calle desierta, bordeada de almacenes. No conocía

esa parte de la ciudad, así que necesitaba un taxi, y pronto.

En la hora del alba, y en los suburbios, encontrar un taxi era poco menos que una quimera. Quince minutos más tarde llegué a otra calle, más ancha y donde transitaba alguien más que el día había despertado.

Vi algunos establecimientos abiertos, sus propietarios preparando los escaparates y las entradas con cestos de frutas y hortalizas. Un bar que pareció llamarme con su puerta abierta, y un puesto de periódicos en el que estaban descargando las últimas ediciones.

Me dirigí recto al bar, porque lo que necesitaba era un trago. Pasé junto al puesto de periódicos y vi los que el viejo vendedor colocaba bien amontonados. Sobre la primera página campeaba una fotografía a tres columnas.

Mi propia fotografía.

Me detuve en seco, busqué en los bolsillos y compré un periódico sin que el vendedor me prestase la menor atención, ocupado como estaba ordenando su mercancía.

Aquella era mi cara sin la menor duda. No la cara de un astro de la pantalla, uno de esos galanes románticos que estuvieron de moda hace algún tiempo. No creo que fuera siquiera una cara agradable de mirar, pero era la mía y yo nunca había sido tan popular como en ese amanecer brumoso de un día que empezaba con una buena sorpresa.

Porque el pie de la fotografía pregonaba que aquella era la cara de Maxwell Lombart, asesino buscado por la policía para que respondiera de la muerte de Freeman Nutting. ¡Más información en la página central!

No era el «presunto» asesino de Nutting.

Era el asesino.

Me quedé clavado en la acera. La idea de matar a Nutting había pasado por mi cabeza mil veces, sobre todo en los últimos días.

Y empezaba a recordar que yo había dicho:

—Te voy a matar, Nutting.

Seguro que lo había dicho delante de toda su corte, pero cuando levanté la silla para estrellársela en la cabeza, alguien me golpeó por detrás y empezaron las dificultades. A partir de ese golpe todo era borroso en mi recuerdo.

Y ahora resultaba que me lo había cargado.

Pero yo debería recordar una cosa como ésa. No se mata a un tipo todos los días, aunque se trate de una rata como Freeman Nutting.

Entré al fin en el bar y me fui hasta el fondo, allí donde había menos luz. Pedí café negro y un coñac doble y volví a mis ejercicios mentales.

Fue inútil. No pude recordar cómo había matado al gran bastardo, a la sucia lumbrera de la prensa de escándalo, a la sanguijuela que cobraba para no publicar sus artículos, al revés que los demás ensucia cuartillas.

Entonces decidí leer el artículo de la tercera página.

Y la cosa se complicó. Freeman Nutting había sido asesinado en mi oficina de un disparo en la nuca. El disparo de una automática «*Parabellum*» de mi propiedad.

Yo tenía una de esas pistolas, cierto. Pero ni siquiera recordaba dónde guardaba los proyectiles. Eran balas enormes, y la pistola abultaba y pesaba demasiado para llevarla encima, razón por la cual sólo cargaba con el compacto revólver del «38» y cañón corto.

Eso, cuando iba armado, claro.

Era un laberinto de cualquier modo que lo mirase. En mi despacho, y durante la noche... ¿Qué infiernos estaba haciendo Nutting allí a esas horas? Y, lo que era también más que sorprendente, ¿qué estuve haciendo yo en mi despacho, durante la noche y en compañía del hombre al que había amenazado con matar?

Claro que eso había sucedido en otra parte.

La cabeza me daba vueltas.

Apuré el café y el coñac y eso me entonó un poco, no mucho.

Pero aclaró algunas ideas, la principal de todas la de que necesitaba ayuda.

Si en el inmediato pasado yo no hubiera sido un imbécil integral, hubiera podido recurrir a Melinda con la absoluta certeza de que me echaría una mano.

Ahora no podía ni pensar en ella. Si me echaba la vista encima sólo haría una de estas dos cosas: O tirarme escaleras abajo a puntapiés, o llamar a la policía.

Bueno, quedaba Bill Marken.

A esas horas de la mañana, sólo podía encontrarlo en su casa, de modo que me encerré en la cabina telefónica y llamé.

Fue su voz la que respondió, un tanto bruscamente.

—¡Bueno! ¿Qué pasa? —Gruñó, destemplado.

—Nada de nombres por el momento.

Oí un profundo suspiro. Luego su voz sonó controlada.

—¿Has leído los periódicos? —preguntó.

—Acabo de hacerlo. Me he llevado una sorpresa de campeonato.

—¿Sorpresa?

—Y grande. No recuerdo haber matado a Nutting, Bill.

—Estabas borracho. Asquerosamente borracho, según declaración de algunos testigos.

—¡Eh! ¿Quieres decir que hubo testigos cuando se supone que le maté?

—No entonces, pero sí poco antes, cuando ya intentaste aplastarle la cabeza con una silla.

—Eso sí lo recuerdo. Necesito ayuda, Bill.

—Es un tanto complicado. ¿Dónde estás?

—En un bar, pero que me condene si conozco siquiera esta calle.

—Pues entérate y pasaré a buscarte con el coche.

Asomé la cabeza y pregunté la dirección al soñoliento mozo del mostrador. Después la repetí por el auricular y colgué.

Pedí otro café y seguí esperando. Ya no intenté recordar nada, seguro de que Bill aclararía todas las dudas cuando llegase, pero también porque continuaba con aquella especie de laguna en mi cerebro, aquel espacio en blanco donde no había nada.

Bill Marken llegó media hora más tarde. Le vi aparcar el coche junto al bordillo y apearse, mirando hacia la entrada del bar.

Dejé un par de billetes sobre el mostrador, salí y me metí en su coche antes de que él hubiera pronunciado una palabra.

Tampoco dijo nada cuando volvió a sentarse ante el volante y manejó por la poco concurrida calle. Sólo al dejar atrás el sucio distrito industrial gruñó:

—Bueno, ahora dime qué puedo hacer por ti. Tienes un aspecto que asusta.

—¿Qué pasa con mi aspecto?

—Mírate al espejo.

Me incliné y contemplé mi cara.

Era la mía porque el espejo no podía reflejar la de otro, pero estaba en un estado como para dudarlo.

Tenía un ojo casi cerrado y oscuros hematomas salpicándola aquí y allá. Era una hermosa máscara.

—Por eso me duele tanto... ¡Malditos hijos de perra!

—¿Quiénes?

—Nutting y los demás.

—Así que estuviste con él anoche.

—Pero no en mi oficina.

—Pues fue allí donde Nutting recibió un balazo en la nuca. Si te das prisa, aún podrás ver sus sesos esparcidos por las paredes.

El estómago se me subió a la garganta.

—¿Cubriste tú la información?

—Estuve allí. La bala de una «*Parabellum*» como la tuya puede decapitar a un tipo, y a Nutting apenas le quedaba cabeza.

—Afortunadamente.

—¿Qué dijiste?

—Piénsalo, Bill. Si Nutting hubiese aparecido en un callejón, con la cabeza rota de un silletazo, la cosa me pertenecería por completo. Intenté estrellarle realmente una silla en la cresta, pero los demás lo impidieron. Allí debieron golpearme a placer hasta dejarme inconsciente. Además, estaba borracho como una cuba...

—Sigue.

—Ahora sé que yo no maté a ese sucio escorpión.

—La policía no te creerá ni en mil años.

—Habrán de creerlo porque es la verdad.

—Para ellos, la verdad es otra, y está respaldada por cuatro testigos de cargo.

—Ya veo.

—Si mi opinión vale en tu situación, busca el mejor abogado de que puedas disponer, y entrégate bajo su asesoramiento y asistencia. Así velará para que sean respetados tus derechos.

—Lo pensaré.

—¿Qué más esperas que haga yo?

—Sólo proporcionarme ropa limpia y buscarme un lugar en el que adecentarme un poco. No puedo ir a mi apartamento, y menos a la oficina.

—Claro. Sólo que eso no va a ser nada fácil.

—¿Qué tal si me llevas a tu casa?

Hizo una mueca.

—No quiero que mi mujer ni mis chicos te vean. Según como rueden las cosas podrían ser interrogados por la policía.

—Tienes razón. Piensa algo, Bill. Mi cabeza aún no funciona como es debido.

—De eso no me cabe ninguna duda —rezongó—. Habrá que recurrir a soluciones extremas.

—¿Cómo cuáles?

—Stamford tiene una casa en la playa. Un refugio donde de vez en cuando organiza sus orgías privadas y suele prestarla a sus amigos cuando éstos necesitan un lugar discreto... Le pediré la llave.

—¿Con qué excusa? No puedes decirle que tienes una aventura con una rubia oxigenada... No lo creerá tratándose de ti.

—Ya encontraré una excusa. Tú quédate en el coche mientras yo hablo con Stamford.

Así que aparcó el auto y se largó, dejándome más preocupado que nunca. Hasta que yo pudiera recordar todo lo sucedido la noche anterior, no podría decidir mis futuros pasos.

Stamford era uno de los fotógrafos publicitarios que se han cubierto de oro en los últimos tiempos, creando auténticas obras de arte en los anuncios de lencería y ropas íntimas femeninas. Se había especializado en sacar el máximo partido de sus hermosas modelos, y después de hacerse popular el dinero parecía lloverle sólo como un maná providencial.

Tan pronto Bill regresó comprendí que había tenido éxito.

—No ha puesto ningún inconveniente —anunció, conduciendo a creciente velocidad—. Sólo exige que le dejemos la casa en orden después de la juerga.

—Valiente juerga.

—Nos detendremos para comprar algunas ropas de tu medida —siguió diciendo mientras enfilaba la última etapa de la ciudad, antes de entrar en la carretera de la playa—. Después de eso habrás de arreglarte solo, Max.

—¿Cuánto tiempo podré disponer de ese refugio?

—Todo el que quieras, mientras Stamford no lo necesite para él.

—Voy a precisar un coche, Bill. Podrías alquilar uno y dejarlo en

un lugar convenido.

Gruñó entre dientes, lo pensó un poco y acabó accediendo también.

—Pero después de eso —dijo—, olvídate de mí, Max. ¿Entendido? No me importaría complicarme en este asunto, si no dependieran de mí Helen y los chicos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Naturalmente. Sé lo que estás arriesgando.

—Entonces, de acuerdo.

Me recosté en el asiento y le dejé la iniciativa.

CAPÍTULO II

La casa de la playa era algo más que un discreto refugio. Era un pequeño palacio lleno de comodidades, espesas alfombras, grandes butacas, un bien surtido bar, y unos dormitorios que si hubiesen podido hablar media ciudad se habría estremecido con sus secretos.

Pasé en ese lugar el resto del día, descansando, recobrando fuerzas, tomando el sol y pensando.

Sobre todo, pensando, porque necesitaba pensar muy a fondo en el problema si quería sacudirme de los hombros una sentencia por asesinato.

Sabía que existían decenas de tipos que rabiaban por enviar a Nutting al cementerio. Que habrían dado cualquier cosa por verlo muerto y enterrado, o enterrado aunque no estuviera muerto, porque Nutting había sido de la clase de hombres que sólo con mover un dedo se creaban enemigos.

Y en cualquier otra circunstancia, yo le habría dado las gracias al tipejo capaz de volarle los sesos.

Ahora no, por la sencilla razón de que con su muerte me habían colgado a mí el mochuelo.

De modo que tracé planes, escuché las noticias de la radio, y cuando oscureció decidí ponerme en campaña.

Anduve hasta la carretera y esperé el autobús. No tuve ninguna dificultad para llegar a la ciudad. Luego un taxi me llevó a la plaza donde Bill había dejado el auto de alquiler, un discreto «Ford» que no llamaría la atención, y a bordo de él tomé rumbo al apartamento y estudio que perteneciera a Freeman Nutting.

Sin ninguna duda, la policía ya habría estado allí metiendo las narices, pero ellos no tenían ninguna razón especial para profundizar entre las pertenencias del muerto. Ya sabían quién era

el asesino y por qué habrá matado al reportero, así que todo lo demás era pura rutina para los hombres de la ley.

Penetrar en aquel apartamento fue un juego de niños, y una vez dentro corrí todas las cortinas y cerró las persianas de las ventanas que daban a la calle.

Después, encendí las luces.

No me había equivocado. Había inequívocas muestras del paso de la policía. Si ellos no tenían nada concreto que buscar en el cubil de una sanguijuela como Nutting, yo sí abrigaba ideas muy concretas. Necesitaba saber nombres de gentes que hubieran suspirado por ver muerto al propietario de todo lo que contenían estas paredes.

Tan pronto eché el ojo sobre su archivo comprendí que la lista, caso de efectuarla, parecería una guía telefónica. Había que reducir el campo y había una buena pista para esa reducción. Necesitaba encontrar a alguien que, además de rabiar por ver a Nutting enterrado, conociera la existencia de mi «*Parabellum*» y tuviera acceso a mi despacho. O, por lo menos, que pudiera atraer a él a un fulano tan desconfiado como Nutting.

Afortunadamente, la policía había logrado abrir las cerraduras de combinación de los archivadores metálicos. Debían haberse divertido en grande leyendo lo que yo estuve examinando a voleo. Había material para hundir la reputación de decenas de gentes «importantes» en algún sentido.

Pasé más de dos horas saturándome de basura.

Fue todo lo que obtuve: náuseas.

Pero nada que pudiera ayudarme, nada que pudiera indicar un nombre concreto sobre el que iniciar una investigación.

Maldije entre dientes y ése fue un pobre desahogo para mi fracaso. Podía comprender ahora perfectamente que hubiera individuos que pagasen generosamente a Nutting para que no publicara lo que sabía de ellos. Podía comprender que el miserable chupatintas tuviera dinero suficiente para mantener una corte de aduladores y soplones, y alguna que otra dama de buen ver. Pero no había nada en todo aquello que me indicase un solo nombre de alguien que, además de estar atenazado por Nutting, tuviera conocimiento de mi potente automática, de dónde la guardaba, y de dónde guardaba además los cartuchos, puesto que éste era un

detalle que ni yo mismo recordaba.

Fastidiado por mi fracaso, apagué las luces y me encaminé a la puerta.

Justo en aquel momento, una llave se introdujo en la cerradura y giró con un chasquido.

Di un salto atrás y me agazapé más allá del respaldo de un diván. Vi deslizarse una sombra y luego cerrarse de nuevo la puerta. Quien fuera el intruso respiraba como un fuelle, seguramente lleno de nervios y de miedo.

Al fin encendió la luz. Le vi de espaldas y no tuve dificultad en reconocerle. Gupstein nunca había sido gran cosa, y en aquellos momentos aún era más insignificante. El perro rastrero de Nutting, su cantor de alabanzas, su mano derecha en la búsqueda de basura para el archivo...

Cuando se hubo tranquilizado, se internó en el apartamento. Fui tras él pisando como un gato y le vi inclinado sobre el archivo. Estuvo seleccionando documentos un buen rato, formando un botín más que regular a un lado.

Tal vez había decidido seguir el negocio por su cuenta.

Cuando dio su tarea por terminada hizo un apretado paquete con todo ello y lo ató con una cuerda. Estaba muy contento.

Entonces dije desde el umbral:

—No tienes talla para sacarle el jugo a esa cosecha, Gubs.

Dio tal brinco que estuvo a punto de echarse a volar.

Cuando me vio soltó un quejido y creí que iba a desmayarse.

Caminé hacia él sin prisas, viéndole descomponerse por instantes.

—Tú y yo vamos a hablar largo y tendido, Gupstein.

—Espera, Lombart..., no te precipites.

—Puedes apostar que no voy a precipitarme. Voy a tomarme tiempo para hacerte pedazos... mucho tiempo.

—¡No tienes nada contra mí, Lombart! Todo lo... lo que hice fue...

—Sacudirme cuando estuve hecho una ruina.

—¡No fui yo solo! Nutting ordenó las cosas de modo que...

—Nutting está muerto y no puede contradecirte. Fuisteis todos a golpearme. Ahora me toca a mí.

Temblaba como una hoja. Era un tipejo esmirriado, retorcido y

traicionero, pero cobarde hasta la médula. Le sacudí un zurdazo, sólo para entrar en calor, y voló estrellándose de cabeza contra el archivo que acababa de desvalijar.

Quedó sentado en el suelo lloriqueando, lamiéndose la sangre que le brotaba de la nariz.

—Cuando acabe contigo, Gupstein, estarás mucho peor que Nutting.

—¿Te has vuelto loco?

—Puede. Uno le encuentra gusto liquidando gente.

—Pero ¿por qué yo, Lombart?

—Bueno, eres el primero que cae en mis manos. El primero de los que van a morir.

Se levantó tan vivamente como si le hubieran pinchado el trasero.

—¿Piensas matarnos a todos? —jadeó sin voz—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Ni más ni menos. Ya que empecé, acabaré el trabajo.

—¡Estás rematadamente loco! —lloriqueó—. ¿Cómo puedes pensar en matar a cuatro hombres sin más ni más?

—Habría que hacer algunas puntualizaciones —dije, acercándome a él con pasos lentos—. Ninguno de los cuatro tiene de hombre más que los pantalones. Eso para empezar. ¿O tú te consideras un hombre, Gupstein? Siempre fuiste el perrillo de Nutting. Le lamías la mano con que te daba las migajas de su negocio, le cepillabas siempre que necesitaba demostrar cuán importante era... ¿Y crees que tienes algo de hombre?

—Escucha, Lombart..., haré lo que tú digas, pero por Dios, reflexiona..., es una salvajada lo que piensas...

—Podrías salvar tu puerco pellejo si tuvieras algo con que ayudarme a sacudirme el crimen de encima.

—¿Qué puedo tener yo?

—Por ejemplo, informes. Para empezar, renacuajo, cuéntame quién me llevó al cementerio de coches.

—Ésa fue idea de Nutting..., estabas inconsciente.

—Por la paliza, claro.

—Fueron todos a golpearte. Quisiste matar a Nutting, y eso debes recordarlo.

—¡Ya lo creo que sí!

—Cuando levantaste la silla, Krauss te sacudió con una botella. Entonces Nutting pareció volverse loco y empezó a chillar y golpearte...

—Y vosotros le ayudasteis, claro.

—Él lo ordenó. ¿No comprendes? Y luego dijo que quería divertirse un poco. Te llevamos en su coche hasta el cementerio de coches y te dejamos allí...

—¿Y después?

—Nos separamos. Nutting dijo que tenía que hacer una llamada muy importante y que después de eso te daría la puntilla. Lo último que yo vi de él, fue que entraba en una cabina telefónica.

—Debe haber algo más, zorrino. Tú eras su mano derecha, la que manejaba la basura. Debes saber si a quiénes exprimía con el cuento de publicar sus vicios o debilidades... ¿A quién sangraba últimamente?

—¡Te juro que no lo sé!

Le disparé un puntapié más abajo del cinturón. Boqueó sin voz y se desplomó de bruces, enroscado como un gusano.

—Vas a escupir lo que sabes, Gupstein... Todo.

Me miró desde el suelo, y si las miradas matasen yo hubiera caído fulminado en aquel instante.

Luchó por dominar el dolor en aquel instante.

—Te lo diré —balbuceó—. Todo lo que sé... y lo creas o no es la verdad.

—¿Qué clase de verdad?

—Nutting estaba en tratos con Burg Burman.

Ésa sí era una noticia.

—¿El gángster? —exclamé.

—Sí..., se entrevistaron dos veces, que yo sepa.

—¿Para qué?

—Eso nunca lo dijo. Pero les oí mencionar el nombre de Turner..., debía tratarse de algo relacionado con él.

Asintió con un gesto y empezó a levantarse.

La cosa merecía ser analizada con calma.

—Tú sabes quiénes son esos dos escorpiones, Gubs. De modo que no puedes pensar que Nutting intentaba sangrar a ninguno de los dos...

—¡No sé qué pretendía! Te juro que todo lo que puedo decirte es

eso...

—Burman y Turner manejan el vicio y la corrupción en toda la Costa, se reparten el territorio como buenos amigos. ¿Qué había en común entre ellos y Nutting?

—Lo ignoro. ¿Cómo voy a saberlo?

Decidí que aquello exigía tiempo y reflexión.

—Voy a dejarte aquí, pedazo de zorrino, pero volveremos a vernos, y pronto, Gubs. Puedes decirles a los otros que les tocará el turno también y cuando yo acabe con todos necesitarán un cirujano para volver a tener la misma cara que antes.

Le sacudí un puntapié en la cara como despedida. Puso los ojos en blanco y se desmayó.

Le dejé allí, tirando como un fardo, y me largué a escape.

Ya tenía materia en la que pensar. Quizá, incluso, tuviera demasiada...

CAPÍTULO III

Vi amanecer a través del ventanal de la casa de la playa. La claridad del día naciente recorrió poco a poco los contornos de la ventana y descubrí el mar, quieto como un lago.

Si alguien cree que ver amanecer sobre el mar es una experiencia romántica, déjeme decirle que a mí me resultó nauseabunda.

Claro que mi estado de ánimo no era el más apropiado para apreciar las bellezas de la naturaleza. La más alegre de las ideas que danzaban por mi cerebro tenía directa conexión con violencia y muerte, la violencia y la muerte que estaba impaciente por desencadenar, como único recurso con librarme del cargo de asesinato que me habían endosado.

Sólo que hasta esa hora apesadumada del alba no había hallado una sola idea constructiva al respecto.

Creo que fue entonces que empecé a quedarme dormido, tumbado de espaldas en el diván. Empecé a flotar en esa dulce duermevela que uno sueña con que no termine jamás.

Debí dormirme profundamente porque en otro caso hubiera oído llegar el coche.

Pero no oí nada. No supe que tenía visita hasta que por algún extraño fenómeno del subconsciente abrí los ojos.

Parpadeé soñoliento, y allí estaba.

Mirándome con el ceño fruncido. Y juro que en sus pupilas había chispas de luz. Además de un raudal de furia, por supuesto.

Me incorporé como si flotara, sin creer que ella estuviera allí.

—Melinda... —dije, con una voz que apenas oí.

—Tenías un sueño muy agitado, Max. Debe ser debido a tu conciencia de criminal.

De modo que no era una pesadilla.

Estaba allí en carne y hueso.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —indagué.

—Bill Marken es amigo mío.

—Ya veo. Creí que también lo era mío.

—Debe serlo cuando se arriesgó por ti.

—Si te ha soplado que yo estaba refugiado aquí, ya no es amigo mío.

Hizo una mueca. Aureolada por el sol que penetraba por la ventana, parecía una imagen irreal, de una belleza increíble.

—Le obligué a hablar —dijo—. Estaba impaciente por ver al héroe.

—Deja eso, Melinda. El sarcasmo no te llevará a ninguna parte.

—¿Sarcasmo? Una mujer como yo tiene derecho a contemplar las cicatrices que dejara en ti la batalla con tu zorra de oro. ¡Tengo derecho a contemplar la basura en que te convirtió!

Apreté los dientes y callé. Tenía toda la razón del mundo, y nadie con más derechos que ella para refocilarse con mi humillante fracaso sentimental.

—¿Sabes una cosa? —prosiguió, con voz chirriante como el sonido de una sierra—. Tirado ahí, dormido, no parecías gran cosa, Max.

—Eso has tardado a descubrirlo. Me habías visto dormido otras veces.

—Entonces no te odiaba.

—Es una razón de peso.

—Dime, ¿cómo te sientes?

—¿Por qué no te largas, linda? Eso evitaría un sinfín de problemas.

—¿Marcharme ahora? Estás loco... Me dejaste tirada en la cuneta, encandilado por esa zorra millonaria. Te dejaste exhibir por ella como un muñeco, igual que uno de sus perrillos de lanas. ¡Fuiste el héroe del día, la imagen de todas las revistas de chismes...! ¿Y pretendes que me vaya cuando al fin te veo como yo deseaba verte?

—Cuando acabes toda la hiel que llevas dentro, espero que cierres la boca y te largues al infierno de aquí.

—Sólo cuando te haya escupido esa hiel, Max, querido. Cuando

haya vomitado todo el asco que siento por ti, por una ruina apestosa llamada Max Lombart. ¿Viste tu cara en las revistas, cuando aparecías colgado de su brazo, sonriendo como un perrillo bien amaestrado? ¡Ahora también publican tu foto, pero en los periódicos! La foto de un sucio asesino.

—Si te sirve de algo, yo no maté a Nutting.

—¿Por qué no vas a contárselo a la policía?

—Tengo otras cosas en que pensar por el momento.

Ladeó la cabeza, burlona, examinándose como si yo fuera un bicho raro, un habitante de otro planeta o algo así.

—Me gustaría que fueras sincero conmigo —runruneó, destilando veneno—. Dime..., ¿fue apasionada por lo menos mientras duró el romance? Me pregunto qué tal se portaba en la cama.

—¡Cierra el pico, nena!

—No me digas que no te acostaste con ella..., que todo era un amor platónico, limpio y sentimental.

Se le quebró la voz y necesitó de toda su voluntad para ahogar un sollozo.

—Ese tono no te va, Melinda. No es propio de ti.

—¿Qué es propio de mi entonces, morderse los puños de rabia, estrujarme el corazón hasta arrancarlo en pedazos? Dime, ¿eso es lo que debe hacer una mujer como yo?

—Por favor.

—¡Se casa mañana, estúpido!

La contemplé sin comprender del todo.

—¿Jill? —pregunté como un idiota.

—¡Claro que Jill! Tu gran amor se casa con un hermoso *play*—boy.

—Ésa es toda una noticia.

—Me pregunto si asistirás a la ceremonia. O quizá prefieras alquilar la habitación contigua a la suya en el hotel donde van a pasar su primera noche.

—Melinda.

—Él se llama Joe Balcombe. En ciertos círculos le llaman Bello Balcombe... Míster B. B. y cosas así... Debes conocerle, Max, querido..., después de todo va a casarse con la mujer de tus sueños.

—Estás llegando demasiado lejos, nena.

—Aún no tienes ni idea de hasta dónde soy capaz de llegar.

—Si tanto me odias, ¿por qué demonios no trajiste a la policía contigo?

—Con los polizontes delante no hubiera podido escupirte todo mi desprecio, todo el asco que siento...

—Todo el veneno que destilas —la interrumpí, empezando a fastidiarme.

—¡Está bien, soy venenosa! ¿Qué otra cosa puedo ser, después de lo que hiciste conmigo? Fui una estúpida que se enamoró de un sueño. Y tú fuiste el primer hombre que entró en mi vida y lo hiciste como un huracán..., lo arrasaste todo y yo me dejé arrastrar porque te quería, porque deseaba hundirme contigo hasta el mismo infierno si tú me hubieses llevado a él. ¿Comprendes cómo te amaba, Max, cómo deseaba que llegara la noche para estar en tus brazos?

—Estás lastimándote tú misma.

—Quizá soy un poco masoquista, ¿no te parece? ¡Tantas noches juntos... para llegar a ese sucio final!

—Acaba de una vez. Me porté como un zorrino contigo y no tengo la menor disculpa. No sirve de nada decir que me equivoqué, que Jill fue como un espejismo, un estallido de luz que me cegó, impidiéndome ver toda la basura que había más allá del resplandor. Todo eso es cierto y estás en tu derecho detestándome. Pero no consigues nada retorciéndote el alma aquí. Si tu odio llega tan lejos, levanta el teléfono y llama a la policía. Tal vez sea lo mejor para todos.

Me miró con los ojos húmedos y rabiosos.

—Es una idea —runroneó entre dientes.

Miró en torno hasta localizar el aparato. Sonrió sin humor.

—¿Crees que te sentenciarán a muerte, querido? Parece que existe una tendencia muy acusada a restablecer la máxima pena.

Fue hacia el teléfono y descolgó el auricular. Se quedó mirándome.

—No sé el número de la policía —dijo con una voz delgada como si fuera a quebrarse—. Tú debes recordarlo bien, Max.

—Aquí no estamos en la ciudad. Este territorio corresponde al condado y debe haber un *sheriff* en alguna parte. Llama a la central y pregúntalo.

Titubeó. Luego, comenzó a marcar.

Me levanté y fue a prepararme un gran vaso con *whisky*. Le añadí hielo, para lo que hube de meterme en la cocina. Le oí hablar por teléfono y llegué a la conclusión de que quizá fuera cierto que esa solución resultara la más acertada.

Cuando volví al diván estaba tomando nota. Dio las gracias y colgó, despacio.

—Tenías razón. El *sheriff* del condado se llama Ferguson, y tengo su número de teléfono.

—Felicitaciones.

Levanté el vaso en un brindis burlón, bebí un sorbo y me dejé caer sobre el diván.

Ella me volvió la espalda. Descolgó el auricular una vez más, vaciló y luego discó una tras otra cuatro cifras.

Se interrumpió. Dejó escapar un quejido y con un golpe tremendo devolvió el auricular a su sitio.

Sin volverse masculló con voz rota:

—¿No vas a impedirlo siquiera, no vas a implorar que no te delate?

—No.

—¡Maldito seas!

—Tienes el número de teléfono del *sheriff* del condado, me odias y estás impaciente por verme entrar en la cámara de gas de San Quintín. Muy bien, adelante. Todo lo que tienes que hacer es discar ese número y hablar un poco.

Se volvió. Tenía los ojos inundados de lágrimas y mientras estaba mirándome empezó a temblar.

—¡Maldito hijo de perra! —balbuceó—. ¡Quisiera verte muerto..., hecho pedazos..., quisiera..., quisiera...!

Bebí otro sorbo. Miré el *whisky* que quedaba en el vaso y levantándome fue hacia ella.

—Bebe esto —dijo—. Lo necesitas más que yo.

Atrapó el vaso con violencia y lo vació sin respirar. Pensé si no acabaría saliéndole humo por las orejas, porque era toda una señora dosis.

Se bamboleó sobre los pies durante un instante. Luego respiró larga y profundamente, volteó la mano y me tiró el vaso a la cabeza.

Lo esquivé por un pelo y el vaso se hizo añicos contra la pared. El estallido pareció una señal, porque en el mismo instante ella empezó a llorar casi a gritos.

Era lo único que faltaba. Me fui a la cocina y preparé dos vasos más con hielo. Luego los llené hasta la mitad con el excelente *whisky* propiedad del Stamford y regresé a su lado.

Se había hundido en una butaca y continuaba sollozando, con la cara oculta entre las manos. Sus hermosos hombros se agitaban a cada violento sollozo.

—Toma —dije—, eso te calmará. Y no vayas a romper el vaso esta vez. No creo que Stamford le hiciera maldita la gracia quedarse sin vajilla.

Tomó el vaso a tientas, para no levantar la cabeza.

Me fui al diván con el mío y encendí un cigarrillo.

Si uno se detenía a pensarlo, yo era un tipo con mucha suerte. Una suerte loca a veces, pero fiel hasta el límite.

Ahí estaba, viendo descomponerse a una mujer que me había amado, después de haber estado balanceándome sobre una cuerda floja. Sólo con que ella hubiera tenido valor suficiente para marcar entero el número del *sheriff*...

La dejé llorar todo el tiempo que quiso. De vez en cuando se interrumpía, hipando, y le daba un tiento al vaso, de modo que acabó antes el *whisky* que el llanto.

Tuve tiempo de apurar un segundo cigarrillo, y comenzaba a considerar la idea de preparar dos vasos más solo para entrar en calor, cuando ella levantó la cara y se quedó mirándome con sus grandes ojos muy abiertos.

—Debo tener un facha horrible —balbuceó.

—No pareces un ángel que digamos.

—Préstame un pañuelo.

Se lo llevé y lo dejó perdido con el rímel y las lágrimas. Luego me lo devolvió y con voz quebrada susurró:

—¿Qué te pasó en la cara?

—Nutting y sus amigos... Me dieron una paliza aprovechando que yo estaba borracho.

—Tienes un ojo casi cerrado.

—Podría estar peor.

Me quedé mirándola. Ahora que todo había pasado, me parecía

increíble que yo hubiera podido ser tan ciego como para abandonar esa joya por un pedazo de carne fría como Jill Prescott.

Apoyé las manos sobre sus hombros y dije:

—Si has acabado las municiones, sólo puedes hacer dos cosas, linda. O largarte por donde viniste, o darme otra oportunidad.

—¿Para que vuelvas a reírte de mí cualquier día?

—Nunca me reí de ti.

La obligué a sentarse a mi lado, en el diván, y mantuve mi brazo en torno a sus hombros.

—Todo lo que pueda decirte ahora sonaría a hueco —dije con calma—. Tal vez sea mejor que pase algún tiempo. Entonces podemos probar a empezar de nuevo.

Sacudió la cabeza.

Apenas la oí cuando musitó:

—No era cierto que quisiera verte muerto... Yo sí creí morirme cuando te fuiste...

—Te hice mucho daño, pero si te sirve de consuelo, me hice mucho más a mí mismo.

Levantó la cara húmeda de lágrimas para asegurarse de que le hablaba en serio. Sus labios temblaban.

Abatí la cabeza y los aprisioné en mi boca. La sentí estremecerse entre mis manos, la oí gemir y sus dientes chocaron contra los míos. Luego, como una explosión, su boca ardió y el fuego se propagó a todo su cuerpo, y después al mío y abrazados nos hundimos en aquel mar de llamas en el que ambos queríamos abrasarnos.

CAPÍTULO IV

Vimos oscurecerse el mar desde la cama. Un aire caliente entraba por la ventana abierta agitando las cortinas.

Melinda tenía la cabeza apoyada sobre mi pecho y sus largos cabellos como la seda cosquilleaban mi piel.

—Max... —susurró de pronto.

—¿Sí?

—Casi es de noche.

—Acabas de hacer un gran descubrimiento.

—Quiero decir que debo irme.

—Olvídalo. Vas a quedarte aquí hasta mi regreso.

Se incorporó sobre un codo, mirándome sobresaltada.

—¿Adónde crees que vas a ir? —exclamó.

—Quiero dar otro vistazo al apartamento de Nutting.

—Debes estar loco...

—Lo estuve. Creo que incluso perdí mis facultades durante un tiempo, de lo contrario jamás hubiera dejado a Gupstein allí después de obligarle a hablar.

—No comprendo... ¿Cuándo sucedió eso?

—Anoche. Gupstein era el esclavo predilecto de Nutting. Le utilizaba para los trabajos más sucios y denigrantes. Anoche, Gupstein invadió el piso y desvalijó los archivos. Pero estuve pasando revista a mis sensaciones de aquellos momentos y la cosa no tiene sentido. Gupstein apiló un montón de documentos..., pero ni siquiera se entretuvo en leerlos. Los tomó a voleo y luego hizo un paquete con todo ello.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Pequeña, le devolví algunos de sus golpes, así que esa rata acabó en muy mal estado. Le metí tanto miedo en el cuerpo que

habló... mencionó dos nombres capaces de preocupar a cualquiera, y después de pensarlo, creo que si Nutting tenía el proyecto de aprovecharse de esos tipos, debía poseer algo tan grande que no puedo siquiera imaginar qué pueda ser. Y algo de esa importancia no lo guardaría en el archivo, porque en caso de complicarse las cosas, el archivo sería lo primero que un asaltante registraría.

—No lo entiendo.

—Supongamos que Nutting poseía algo capaz de sujetar a los dos caciques del crimen en toda la Costa. Una cosa semejante estaría oculta en algún lugar más seguro que el archivo. Gupstein debió pensar lo mismo y desvalijó los archivadores como cortina de humo.

—¿Quieres decir que él conocía el otro escondrijo?

—Lo dudo, porque Nutting no se fiaba de nadie. Pero tal vez se proponía buscarlo una vez preparado el escenario.

—Max, todo esto no tiene ningún sentido para mí. Es más, me parece demasiado complicado. Aunque Nutting estuviera a punto de chantajear a esos hombres de que hablas... y si cualquiera de ellos decidió matarlo, ¿por qué lo hizo con tu pistola, y precisamente en tu despacho?

—Ahí es donde yo también me pierdo. La única explicación que puedo imaginar, es que cualquiera del grupo de aduladores que le rodeaban fue cómplice del asesino. Todos ellos habían sido en otro tiempo amigos míos, conocían la existencia de mi vieja «*Parabellum*» y pudieron dar con el informe a quien fuera que iba a cometer el crimen.

—Pero ¿por qué en tu despacho? Todo parece preparado para complicarte exclusivamente a ti...

—Eso no lo sé. Ni puedo imaginar por qué Nutting fue allí después de abandonarme en un cementerio de coches. Lo único que Gupstein me dijo, fue que Nutting había llamado a alguien desde una cabina telefónica...

—¿Crees que telefoneó a quienquiera que luego le mató?

—Es imposible saberlo. Pero Nutting me detestaba como al demonio. Yo nunca le proporcioné un solo tema para sus reportajes de escándalo. Di exclusivas a otros periodistas, pero nunca a él. Y por si eso fuera poco, él estaba loco por Jill desde mucho antes de que yo la conociera. Nunca obtuvo nada, y entonces aparecí yo, con

la popularidad de mi último caso, y Jill Prescott me deslumbró. Eso debió revolverle las tripas a Nutting...

Melinda hizo una mueca.

—No fue a él solo —gruñó—. Yo deseé matarla a fuego lento...

—Eso pasó ya.

La besé ligeramente y salté de la cama. Había cerrado la noche y el mar, más allá de la ventana, no era más que una inmensa negrura.

Melinda tanteó en la mesilla hasta encontrar los cigarrillos y encendió uno. En la oscuridad, la llama recortó un instante su hermosa cara.

—Debo estar mal de la cabeza —rezongó entre dientes, expeliendo el humo que flotó como un jirón de niebla—. Volver a liarme contigo...

Me vestí rápidamente y no repliqué.

Cuando estuve listo para emprender la aventura, ella saltó de la cama y su cuerpo dorado se delineó contra el rectángulo de la ventana.

—Max...

—Tranquila, linda. No ocurrirá nada.

—¿Y si la policía vigila la casa de Nutting?

—¿Por qué habrían de vigilarla?

Vino hacia mí, oscura silueta ondulante, tibia, perfumada con el turbador aroma de su piel desnuda. La sentí apretarse contra mí y su boca subió al encuentro de la mía.

La cosa estuvo a punto de complicarse otra vez, porque su aliento me volvía loco.

Sólo que dejando de besarme bruscamente susurró:

—Traje un revólver, Max... en mi bolso.

—¿Que trajiste qué?

—Un revólver. Pensé que quizá lo necesitarías...

—Me sorprende que teniendo un revólver a mano no me pegases un tiro cuando llegaste.

—No hagas que me arrepienta de no haberlo hecho.

Abrí su bolso y tanteé dentro. Por el tacto y el peso, era uno de esos juguetes calibre «22» a que tan aficionadas son las mujeres.

No obstante, me lo guardé en el bolsillo, porque era la única arma de que podía fiarme, mientras no pudiera echarle mano a mi

sólido «38».

Así que con un arma en el bolsillo estaba más preparado que nunca para iniciar mi guerra particular.

Volví a besarla, porque sumergirse en su boca era una experiencia siempre nueva, y luego me largué a escape antes de que cambiara de idea.

* * *

Abrir de nuevo el apartamento del nunca bien ponderado difunto Nutting fue lo más fácil del mundo, entre otras razones porque la puerta no estaba siquiera cerrada con llave. Gupstein debió salir tan aprisa que ni pensó en la llave.

Así que entré, cerré y comprobé que estuvieran corridas las cortinas. Encendí las luces y me dispuse a poner el apartamento patas arriba.

No pensaba revisar de nuevo su archivo. ¿Para qué? Sólo pensé dar un vistazo a lo que ya conocía bien.

Ojalá no lo hubiera hecho, porque en cuanto asomé un ojo a aquel antro vi la sangre, el cuerpo despatarrado en el suelo, y la cabeza reventada de Gupstein en medio del charco de sangre seca.

Me aproximé pisando con cautela para no dejar huellas. Le habían disparado dos tiros en la nuca, y debieron hacerlo con una «45» por lo menos, de modo que lo que el cráneo había contenido ahora estaba esparcido por todo el archivo.

No era un espectáculo para cardíacos.

Apagué la luz y retrocedí con la cabeza dándome vueltas.

Gupstein no había abandonado el apartamento después de su encuentro conmigo. Aún había el paquete de documentos atado con una delgada cuerda. ¿Qué diablos hizo cuando yo me hube marchado, para que alguien fuera allí con la santa idea de volarle los sesos?

Desperdiicé unos minutos para serenarme. Luego, procurando no pensar en el atroz espectáculo del archivador, empecé a revolver el apartamento pulgada a pulgada.

Sólo me faltó levantar las baldosas del suelo.

Pero no encontré nada.

Volví a pensar en mis razonamientos, en las ideas inspiradas por

lo que Gupstein me dijera... y lo intenté otra vez.

Armarios, maletas, camas y muebles. Casi los hice astillas para nada.

En la cocina miré en torno desalentado. Había vasos sucios en el fregadero de latas de conserva en el frigorífico desconectado.

Agarré el armatoste y lo aparté de la pared, con la esperanza de que lo que fuera que yo estaba buscando estuviera oculto entre el frigorífico y la pared.

Allí no había más que polvo y una buena dosis de suciedad.

Abrí el frigorífico de nuevo. Estuve tentado de reventar las conservas, pero lo dejé correr. Demasiado complicado.

Pensé que si hubiese quedado hielo me hubiera sentado bien un *whisky*, de la provisiones que Nutting ya no iba a necesitar. Pero los cubitos de hielo eran agua pura en sus recipientes.

Y allí estaba. La cosa más absurda, incongruente y estúpida del mundo.

Un diminuto tubito metálico de media pulgada de largo y grueso como un lápiz. Debió estar en el fondo del molde del hielo, imposible de localizar si el frigorífico hubiese estado conectado. Pero con el hielo licuado, el diminuto cilindro quedaba perfectamente a la vista de cualquiera que se tomase la molestia de echar un vistazo.

Tomé el pequeño tubito. Estaba cerrado herméticamente. Estuve mirándolo un buen rato, incapaz de imaginar su contenido. Luego, lo envolví en mi pañuelo y lo guardé en el bolsillo.

No me despedí del pobre Gupstein. Sólo salí, cerré la puerta y bajé a la calle como en sueños.

En la acera alguien se encargó de despertarme. Lo malo fue que lo hizo con una pistola.

CAPÍTULO V

La pistola se incrustó en mi espalda y una voz me advirtió:

—Sin prisas, Lombart. Camina hacia ese coche negro.

Me detuve en seco. El cañón de la pistola casi me agujereó la piel.

El tipo repitió:

—Hacia ese coche, Lombart. No hagas que me ponga bruto.

—¿Cómo diablos podías saber que yo vendría aquí, esta noche?

—Eso fue cosa del patrón. Él estaba seguro de que volverías.

—¿Cómo que volvería? No podía saber que yo ya había visitado el apartamento anoche.

—Sí, lo sabía. Él sabe todo lo que le interesa. Y ya está bien de charla. Rumbo al coche o te dejo seco aquí mismo.

—Quisiera saber quién es tu patrón..., sólo para conocer sus intenciones.

—Vas a verle, así que... Es Burg Burman, y cuando él acabe contigo lo que quede de ti no lo querrán ni los perros.

—No me lo pintas de color de rosa, ¿eh?

Me dio un empujón, impaciente. Era lo que yo quería.

Volví a detenerme y pregunté por encima del hombro:

—¿Burman está esperándome?

—Y con un hermoso cuchillo preparado. Piensa cortarte a tiras.

Me sacudió otro empujón. Di un traspié y caí de bruces.

Él rezongó:

—¡Arriba, Lombart! No hagas teatro...

Empecé a levantarme, y para entonces ya tenía el pequeño revólver del «22» en la mano.

Él señaló el coche con el cañón de su pistola.

—Camina de una vez.

Tiré del gatillo tan aprisa como pude accionarla. La pequeña arma pareció toser. Fueron unos estampidos ridículos y por un segundo pensé que aquello era sólo un juguete.

Luego le vi la cara al pistolero y supe que no, que por muy pequeño que fuera, el revólver era de verdad y que con él acababa de matar a un hombre.

El tipo se derrumbó como abatido por un rayo. Un grito allá donde esperaba el coche y me zambullí de cabeza hacia el corpachón derribado.

Una pistola retumbó como un cañonero. El cadáver del pistolero se agitó al encajar el pesado proyectil.

Me pegué a él y tanteé hasta encontrar su automática. Aquél era un buen petardo.

Lo hice tronar una y otra vez contra los del coche, que de pronto arrancó con un violento rechinar de ruedas. Me puse de rodillas en la acera y vacié el resto de proyectiles de la pistola.

Semejó un trueno que no fuera a terminar jamás. Las balas hicieron saltar los cristales del coche y éste empezó a dar bandazos, y en algunas ventanas las gentes iniciaron un agitado concierto de gritos.

El coche acabó subiéndose a la acera, derribó un farol y después, dando tumbos, fue a empotrarse en un escaparate.

Eché a correr alejándome del campo de batalla. Arrojé la automática vacía a un cubo de basura, pero me guardé el revólver de Melinda.

Cuando llegaba a la primera esquina me di de narices contra un guardia.

—¡Eh, quieto ahí! —rugió, zarandeándome.

—¡No sea idiota, es allí donde están disparando!

Me soltó y trató de abarcarlo todo de un vistazo.

Era demasiado y volvió su atención hacia mí.

—¡Maldita sea! —bufó—. ¡Lombart!

Tenía que suceder. Le descargué un trallazo bajo el mentón que lo levantó en el aire. Cuando se arrugaba le cacé con un gancho que acabó con su sentido del deber y lo mandó a dormir.

Volví a correr hacia donde había dejado aparcado el discreto coche de alquiler. Un minuto después zumbaba rumbo a la playa.

Volvía a estar metido en otro lío de primera magnitud.

Y por si eso fuera poco, poseía materia sobre la que reflexionar, sólo que hacerlo era meter la cabeza en un nudo corredizo, porque yo conocía bien el percal del que estaban cortados los «torpedos» de tipos como Burg Burman. Podía decirse sin temor a errar, que a partir de esa noche mi cabeza olería a pólvora.

* * *

Melinda escuchó mi historia sin interrumpirme ni una sola vez. Luego dijo:

—¿Cómo podían saberlo, Max?

—Gupstein debió llamar a Burman. Si pensaba continuar el negocio de Nutting le convenía estar a bien con el gran amo de la Costa. Sólo que Burman no es un tipo que se ande por las ramas. Envió a su gente y le dieron el pasaporte. Luego esperaron a que yo volviera... en busca de lo que él también quería poseer.

—Eso es lo increíble. ¿Cómo sabía que tú volverías, cómo podía saber que esa cosa no estaba ya en tu poder?

—Gupstein una vez más. Él no podía saber que yo ya había registrado el archivo. Pensó que llegué cuando lo estaba haciendo él, así que no pude encontrar nada allí. Luego me largué y su retorcido cerebro ideó meter a Burman en el juego.

—Comprendo. Han estado a punto de matarte, Max, y si eran gentes de Burman casi puedes suponer que fue él también quien mandó matar a Nutting.

—Tal vez.

—¿Cómo que tal vez?

—Burman quiero lo que Nutting tenía. O lo que Burman sospechaba que tenía. No lo hubiera sentenciado a muerte sin hacérselo soltar.

La muchachaladeó la cabeza para ver el diminuto tubito que era mi botín.

—¿No piensas abrirlo? —susurró.

—Claro que sí, pero no esperes ver nada espectacular. Seguramente se trata de simples clisés fotográficos.

—De cualquier modo, estoy impaciente por verlo.

Examiné el pequeño cilindro. Tenía una tapa roscada y sellada con una cinta transparente. Lo destapé sin dificultad y del interior

cayeron cuatro pequeños clisés.

Los miré al trasluz, pero eran tan pequeños que resultaba imposible ver su contenido.

—Habrá que revelarlos..., haré una lista de lo que necesitamos y tú irás a comprarlo por la mañana.

—Max...

—¿Sí, linda?

—Creo que no te das cuenta de una cosa.

—Es posible que no. ¿A qué te refieres?

—Nada de todo esto te ayuda en lo que realmente necesitas, o sea, nada de cuanto has descubierto te libra de la acusación de asesinato.

—Ya lo sé, pero si hay una conexión entre todo lo que pasa y la muerte de Nutting, acabaré por descubrirla. Ojalá estas fotos que él guardaba con tanto cuidado sean capaces de servir para eso.

Guardé los clisés cuidadosamente. A esas horas de la madrugada, el aire había refrescado y con el aire entraba también por la ventana el rumor del mar sobre la playa.

Melinda apagó la luz y fue a cerrar la ventana. Hubo un revuelo de ropas cuando se quitó lo poco que llevaba puesto, y luego musitó:

—Hasta mañana tenemos tiempo de recobrar todo el amor perdido, Max... Ven, ¿quieres?

Olvidé de pronto los clisés, la violencia y la muerte, y andando como un sonámbulo fui hacia ella, hacia sus brazos, hacia ese refugio de ternura que ella me ofrecía.

CAPÍTULO VI

Me despertó el timbre del teléfono y fue un despertar más bien violento. Di un brinco que me arrojó fuera de la cama y atrapé el auricular de un zarpazo.

—¡Hable! —exclamé.

—¿Cómo te va?

Era la voz de Bill Marken.

—Bien... Gracias por enviarla, Bill.

Le oí reír entre dientes.

—Te confieso que no estuve muy seguro de haber hecho lo debido..., ella parecía impaciente por rebanarte el pescuezo, pero al mismo tiempo rabiaba por saber de ti... Bueno, me alegro de que la cosa saliera bien.

—¿Has llamado sólo para comprobar si aún conservo la cabeza sobre los hombros?

—No, ya imaginaba que habrías sabido resolver la papeleta. Esta llamada es por otro motivo. La «*Parabellum*» sólo tenía una bala. La que le voló la cabeza a Nutting.

—¿Qué?

—Lo supe por la policía. Metieron una bala en la recámara, nada más.

—Entiendo..., el asesino llevó incluso su propio cartucho. Es absurdo, Bill.

—Absurdo o no, es así como lo hicieron. Pensé que te gustaría saberlo.

—Y te lo agradezco, de veras. Pensaré sobre eso. ¿Qué hay de todo lo demás?

—Bueno, están convirtiéndote en el Enemigo Público número Uno. No me sorprendería que declaren fiesta nacional el día que te

echen el guante. ¿Qué demonios hiciste anoche?

—Trataron de darme un «paseo». Gentes de Burman.

—Hubo tres muertos, muchacho. Dos a balazos, y el tercero con el volante del coche hundido en sus costillas. Además, aporreaste a un guardia si es cierto lo que la policía ha declarado a la prensa.

—Debe serlo. Eran pistoleros, Bill. Me cazaron como a un tonto, pero conseguí escabullirme y hubo una batalla a tiros. Pero lo malo no es eso.

—Ah, ¿no?

—Lo malo quedó en el apartamento de Nutting.

—¿De qué estás hablando?

—Alguien le voló la cabeza a Gupstein.

Oí el seco resoplido que emitió a través del auricular.

Me apresuré a añadir:

—No lo despaché yo, Bill. Supongo que serían los mismos «torpedos» de Burg Burman quienes hicieron el trabajito. Lo dejaron en muy mal estado.

—Lo más seguro será que te carguen también con ese regalo...

—Ya no importa. Tengo algo entre manos, y espero que eso me ayude. Ya te diré de qué se trata cuando lo sepa yo mismo.

—Está bien, cuídate, viejo.

Y colgó.

Al volverme, sorprendí a Melinda sentada en la cama, mirándome con cara de sueño. La sábana se le había deslizado a lo largo del cuerpo y sus prietos senos al aire semejaban el primer desafío vital del día.

—¿Era Bill? —Runruneó.

—Sí.

—¿Malas noticias?

—No hay ninguna buena en lo que me atañe.

Se envolvió en la sábana y sonrió.

—Voy a darte una noticia que por lo menos no es tan mala —dijo con voz queda.

—Adelante, suéltala.

—Te quiero.

—Me parece bien y es realmente una estupenda noticia. Ahora sacúdete la pereza de las orejas y levántate mientras preparo café.

—¿Qué prisa tienes? Durante el día no puedes circular.

—Yo, no; pero tú, sí. Y quiero que vayas de compras.

—Claro, lo había olvidado...

Me fui a la cocina y preparé café. Apenas quedaba y el frigorífico estaba también vacío. Esa lista de compras habría de ser confeccionada por Melinda.

Tomamos café y cambiamos impresiones. Era una mañana de sol, radiante y hermosa. Casi tan radiante y tan hermosa como mi chica.

Sólo que antes de irse de compras quiso estropear la cosa.

—¿Qué tal te sientes el día que ella va a casarse?

Di un respingo y me volví.

—¿A qué viene eso?

—El último zarpazo, supongo.

—Lárgate. Piensas tú más en ella que yo.

—Eso me alegra.

Se fue alegre como un pájaro. Oí alejarse su coche y me quedé solo, pensando. Y el maldito cerebro hizo de las suyas al empeñarse en recordar lo que ella había renovado. Jill iba a casarse precisamente ese día.

Al infierno con ella.

Eso resultaba fácil. Mandarla al infierno y olvidarla.

Bueno, no lo era tanto porque después de todo había dejado huella.

¿Y quién era el marido? Un *play—boy* según dijera Melinda... No podía ser de otro modo. Con toda seguridad, un saco de músculos con la cabeza hueca, ansioso de echar mano a los millones de los Prescott.

Muy bien, se casaba y al diablo con ella. Afortunadamente yo estaba ya al margen de los retorcidos instintos de aquella hermosa víbora cubierta de oro.

Melinda tardó mucho tiempo en volver. Esperarla allí, solo e impaciente, lleno de dudas e incertidumbre, hizo que el tiempo resultase todavía más largo.

Cuando al fin oí el motor de su coche no pude evitar un largo suspiro de alivio. Llegaba cargada con una enorme bolsa de grueso papel, rebosante de provisiones.

—También traigo los periódicos, Max —anunció—. Te pintan de color negro. Y hay unas declaraciones que te encantarán...

—¿Y la lista que te di sobre el material fotográfico?

—Está en mi coche.

Dejó la bolsa en la cocina y volvió a salir para traer todo lo necesario para revelar los clisés de Nutting.

—Mejor será que leas los periódicos antes de ponerte a trabajar —me sugirió con descarado sarcasmo—. Especialmente el News.

—¿Qué hay de especial respecto a mí? Supongo que te refieres a lo de anoche..., al tiroteo y todo lo demás.

—No sólo eso. A un avisado reportero se le ocurrió entrevistar a Jill Prescott y su flamante prometido. Bueno, entonces era su prometido, pero a estas horas ya es el marido de tu saco de oro.

—No es mi saco de oro. No es nada mío, sólo un mal sueño.

—De cualquier modo, creo que te ilustrará saber lo que ambos opinan de ti.

—¿Los dos? No creo que él me conozca siquiera.

—Lee, y luego ya hablarás.

Atrapé el periódico. Había una fotografía de la feliz pareja y el tipo resultaba más o menos como lo había imaginado. Un físico espectacular, como el de los galanes de la pantalla de los años cincuenta. Ojos claros, cabellos largos, boca sensual y unos hombros anchos como un plano. Sin embargo, su mentón era débil, y tras aquellos ojos no parecía esconderse una gran inteligencia.

Jill había salido tan bella como era en realidad, y parecía sonreírle al fotógrafo con una mueca sensual y provocativa, como si al mismo tiempo de dejarse fotografiar le estuviera incitando a acostarse con ella.

Lo más amable que Jill decía de mí, era que jamás había sentido el menor afecto por mí. Nunca me había amado y mucho menos admitido ninguna intimididad. Sólo había accedido a tratarme para complacer a su padre, que por aquellos días estaba muy interesado en adquirir la exclusiva de mi último caso profesional.

Luego se extendía en otras consideraciones que me dejaron helado. Ella nunca se había fiado lo más mínimo de mí, porque desde el primer instante había comprendido mi limitado intelecto, que me situaba en una clase inferior. Yo tenía un carácter violento, destemplado, agresivo. El típico carácter de un asesino en potencia. Terminaba diciendo que ella se había sentido sumamente aliviada cuando su compromiso con su progenitor terminó, permitiéndole

apartarse definitivamente de la inquietante relación conmigo.

Melinda susurró con sarcasmo:

—Me decepcionas, querido... Yo estaba segura de que habías vivido un tumultuoso romance con esa dama.

—Fue algo más que un romance...

—Acostarse con ella no parece que sea nada tan romántico —chirrió—. Y menos aún, difícil... es una dama muy aprovechada.

—Dímelo a mí.

—Sigue leyendo. Te falta lo mejor, el artículo del ahora afortunado marido de un fortunón.

Volví a dedicar mi atención al periódico.

Las declaraciones del hercúleo *play—boy* no tenían desperdicio. El tipo se llamaba Balcombe, y admitía que sus conocimientos de medicina eran nulos. Pero había leído mucho. Era un autodidacta que se había creado una sólida cultura. Uno de esos fenómenos geniales que se convierten en lumbreras por sus propios medios, sin ayuda de nadie. Se había hecho a sí mismo.

De modo que, en base a su extensa cultura autoaprendida, no tenía la menor duda de que yo era un peligroso paranoico homicida. Ni más ni menos.

Entre frase y frase rimbombante, uno sacaba la impresión de que los psiquiatras más eminentes cometían un craso error no consultándole sus problemas a él. Estaba dispuesto a aconsejarles en sus dudas profesionales, porque él era un hombre de sólidas creencias, y gracias a esas creencias infalibles, no debía sorprender a nadie mi sangrienta trayectoria, porque lo más seguro era que además de mi paranoia homicida, en mi retorcido cerebro se daban todas las condiciones idóneas para catalogarme como un esquizofrénico recalcitrante, de modo que la policía haría bien no dándome ni una oportunidad de defenderme cuando al fin pudieran echarme la vista encima, de lo contrario no me detendrían jamás y yo podría continuar sembrando de cadáveres la ciudad entera.

Dejé el periódico sintiendo como si la cabeza me diera vueltas.

Para mí, todo aquello era una enorme sarta de estupideces, huecas y propias de alguien con el cerebro de un mosquito. Lo malo era que también me daba cuenta de que, a los ojos de los emocionados lectores medios, yo me convertía en pieza de caza mayor. Cualquiera podría meterme una bala en el cuerpo y recibir

felicitaciones por ello.

Melinda rió entre dientes.

—Creo que habré de rectificar mis sentimientos hacia ti. No es nada agradable amar a un esquizofrénico violento, un paranoico homicida capaz de desperdigar cadáveres por esas calles.

—Ojalá pudiera tirar a la basura los cadáveres de esta pareja. Eso sí me gustaría hacerlo.

—¿Duele, Max?

—Me enfurece, que no es lo mismo.

Di un vistazo a los titulares de los demás diarios. En todos campeaba mi nombre, y en algunos incluso mi fotografía. Y desde luego, la policía estaba cribando la ciudad en mi busca, antes de que pudiera volver a realizar una matanza como la de la última noche.

Cuando acabé, Melinda me entregó una lata de cerveza y comentó:

—Dentro de poco ofrecerán una recompensa a quien te entregue vivo o muerto.

—Podrás hacer un buen negocio.

—Seguro que sí. Pero esperaré que mates a alguien más, así ofrecerán una suma mucho mayor.

—Eso no tiene gracia, nena.

Se echó a reír.

—Has perdido el sentido del humor, querido.

Lo dejé correr y examiné los útiles y materiales para el revelado. No podría conseguir grandes resultados sin ningún aparato, pero por lo menos sabría qué contenían los diminutos clisés.

Apuré la cerveza a grandes sorbos antes de encerrarme en la cocina, donde hube de utilizar platos como cubetas para las emulsiones.

Fue un trabajo chapucero que habría escandalizado a cualquier buen aficionado a la fotografía, pero conseguí sacar las copias necesarias, que era de lo que se trataba.

Tan pronto las tuve ante los ojos, comprendí que eran dinamita pura. También comprendí, si me hubiese quedado alguna duda, que Freeman Nutting había sido en vida un escorpión mucho más ambicioso de lo que pude imaginar jamás.

Ambicioso y peligroso. Sobre todo, peligroso hasta que alguien

había decidido aplastarle la cabeza.

Dos de las fotos eran textos escritos a máquina.

Las otras dos, escenas de un realismo descarado, y con unos personajes para los que enviar a un tipo al cementerio era simple rutina, algo que no les quitaría el sueño.

CAPÍTULO VII

Melinda separó la mirada de las fotografías y se estremeció.

—¿Qué vas a hacer ahora? —musitó.

—No tengo mucho donde elegir. Burg Burman envió a sus pistoleros contra mí. Creo que iré a preguntarle por qué quiere verme en un ataúd.

La muchacha suspiró.

—Forzosamente debes estar loco —comentó—. Le faltará tiempo para meterte realmente en un ataúd. Además, si te detienes a pensar un poco, esas fotos son tan corrosivas como el vitriolo en manos del fiscal, pero maldito si te sirven para nada en tus propósitos.

—Servirán, si cualquiera de los dos ordenó matar a Nutting.

—¿Y crees que lo reconocerán, si lo hicieron?

—Ya veremos.

Se encogió de hombros, pero no pudo disimular su preocupación.

—Tengo la corazonada de que vas a meter la cabeza en un nudo corredizo para nada, si esperas lograr el menor resultado con estas fotos.

—¿Se te ocurre algo distinto, genio? Algo que me permita sacudirme la acusación de asesinato, quiero decir.

—Eso es lo malo..., no se me ocurre nada.

—A mí tampoco, así que me conformaré con seguir adelante con lo que tengo. Si fracaso...

—Te enterrarán —dijo, estremeciéndose.

—O no, cualquiera sabe. A veces si hay una guía telefónica aquí.

—¿Vas a llamar a Burman?

—No, Burman no creo que figure en la guía. Pero Wash Turner, sí. Algunos de sus negocios son legales. Le sirven de tapadera y en

algunos de ellos ni siquiera el personal conoce las verdaderas actividades de su patrón.

Encontramos la guía y empecé a buscar.

—Ahí está: Compañía de Bienes Raíces Turner.

Disqué el número y respondieron al primer timbrazo. Una voz de mujer, culta, aséptica e impersonal, dijo el nombre de la compañía y preguntó quién llamaba.

—Necesito hablar con el señor Turner —dijo resueltamente—. Dígame que se trata de un asunto privado de suma gravedad.

—El señor Turner está muy ocupado y...

—Si eso es cierto, va a ser muy malo para él, porque me veré obligado a telefonar a la policía.

—¿Policía, señor?

—Eso dije.

—Aguarde un segundo, por favor.

Aguardé algo más, pero al fin la misma voz dijo, sin haberse alterado lo más mínimo:

—El señor Turner le atenderá, señor.

Sonaron una serie de chasquidos, y al fin una voz de hombre, seca y vibrante, gruñó en mi oído:

—¿Qué diablos de broma estúpida es ésta?

—Nada de bromas, Turner.

—¿Quién es usted?

—Max Lombart.

—Maldito sí... ¡Eh, un momento!

—Justamente, soy «ése» Lombart.

—He leído los periódicos. Pero no veo qué tiene que ver conmigo.

—Escuche y no perdamos más tiempo. Nutting estaba en tratos con Burg Burman. Durante sus entrevistas mencionaron algunas veces el nombre de usted. Ahora sé que le preparaban el funeral.

—Creo que ha perdido la chaveta. Nunca conocí a Nutting, aunque sé la clase de sanguijuela que era. Deberían darle a usted una condecoración por haberlo despachado.

—Ahí le duele. Yo no le maté.

—La policía afirma lo contrario. Por lo menos así lo han declarado a los periódicos.

—Están equivocados, pero dejemos eso. ¿Recuerda usted al

señor Hobson? Es un influyente político en Washington.

Oí cómo trataba de contener un juramento.

—Más claro, Lombart —gruñó después.

—No por teléfono.

—Entonces venga a verme.

—Oiga, Turner, cuando quiera suicidarme conozco por lo menos cien procedimientos igual de efectivos y menos dolorosos.

—Entonces, ¿qué?

—Esta noche, a las doce, vaya al Tropik. Es un bar que hay en Riverside.

—Ya sé dónde está.

—Le esperaré en uno de los reservados del fondo y tendré vigilancia fuera y dentro del local. Si viene usted con sus matones, no me verá y lo que poseo irá a parar a los periódicos.

—No me amenace, Lombart.

—Sólo expongo unos hechos.

—Estaré allí a las doce en punto.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Melinda dijo:

—Lo que dijiste antes es cierto, Max. Puedes suicidarte de cien maneras distintas.

—Turner no es un gánster de la vieja escuela, nena. Por lo que sé de él, sólo recurre a la violencia en casos extremos.

—¿Y cómo sabes que éste no es un caso extremo para él?

—Por lo menos, espero que no le sea. Y ahora que yo he terminado mi chapuza en la cocina, ¿qué te parece si preparas algo de comer?

Se fue mascullando entre dientes.

Después de haber comido, y hasta las doce de la noche, tuve tiempo sobrado para hacerle olvidar sus recelos. Me apliqué tanto a la tarea que casi los olvidé yo mismo...

* * *

El Tropik era uno de esos tugurios que no cierran en toda la noche. El local tenía forma de L, y en la nave del fondo había habido media docena de billares en otros tiempos. Ahora, contenta una serie de pequeños cubículos que con un poco de imaginación

podían tomarse como reservados.

Desde las nueve de la noche estuve vigilando la entrada por si Turner había decidido jugar sucio.

Si preparó a sus hombres, lo hizo con tanta habilidad y discreción que yo no pude hacerlo. Sólo le vi llegar a él a las doce menos cinco minutos. Estacionó el auto a corta distancia y luego caminó sólo por la acera hasta el bar.

Le di tiempo por si sus «torpedos» llegaban después.

Tampoco pude descubrir nada sospechoso, así que me apeé del «Ford» y entré en el Tropik dirigiéndose al salón del fondo.

Wash Turner ocupaba el cuarto reservado. Yo había visto su fotografía en varias ocasiones y no me pareció que fuera muy distinto al natural. En todo caso, quizá un poco más viejo, pero era un hombre de buen aspecto, rostro afable bajo el que se ocultaba la dureza del diamante, y unos ojos calculadores y tan expresivos como los de un cocodrilo.

—Siéntese, Lombart.

—Nada de nombres mientras estemos aquí.

—Claro, lo olvidé... Lo siento.

Esperé a que el camarero me trajera un *whisky* y sólo entonces dije:

—Nutting y Burman estaban a punto de hundirle, Turner.

—¿De qué modo?

Por toda respuesta puso sobre la mesa las dos fotografías llenas de escritura.

—Dos cartas, Turner. Una de Hobson a usted, y la otra su propia respuesta. Como puede comprobar aunque las copias sean fatales, son suficientes, bien manejadas, para hundirles a usted y al senador.

Se quedó mirando las fotografías con la misma expresión que si le hubiese colocado una serpiente delante de las narices.

Cuando pudo hablar farfulló:

—¿Nutting tenía eso?

—Y muy bien oculto.

—El grandísimo hijo de perra.

Le miré a la cara y dije:

—Un hombre en su posición, Turner, sería capaz de cualquier cosa por neutralizar esta amenaza, porque si estas cartas se hicieran públicas.

—No diga tonterías. Yo nunca supe que existieran esas copias.

—¿Y los originales?

—Fueron destruidos.

—Quizá sí averiguó que quedaban unos clisés, Turner.

—¿Y...?

—Nutting está muerto. Yo no le maté.

—Mire, amigo, si yo hubiese sabido que Nutting guardaba eso, le aseguro que el maldito bastardo habría muerto mucho antes.

—Ya veo.

—Aunque unas simples copias fotográficas no tienen ningún valor legal —añadió—, reconozco que sería un mal asunto que se hicieran públicas. ¿Cuánto quiere por esos clisés?

—Se los entregaré sin cobrar un centavo, Turner.

Enarcó las cejas, intrigado.

—¿Por qué? Nadie hace nada por nada en estos tiempos.

—Yo no dije que no quisiera nada de usted, únicamente que no quiero dinero.

—Entonces, ¿qué?

—Le dije al principio que Nutting y Burman preparaban su funeral, ¿recuerda?

—Y ahora sé que tenía usted razón. ¿Cuál es su idea?

—Yo creo que Nutting tenía el retorcido propósito de sacarle a usted algún dinero... o mucho dinero, a cambio de esos clisés. Pero él sabía que chantajearle a usted podía ser peligroso.

—No se equivocaba si pensaba eso —dijo, rechinando los dientes.

—Por lo tanto, se cubrió las espaldas con Burman. Le dijo a éste que estaba en su mano librarse de usted y quedarse amo absoluto de la Costa. Tan pronto le hubiera sacado a usted un buen pellizco, la gente de Burman habrían manejado estas cartas en los círculos debidos. A mi modo de ver, hubiera sido lo mismo que hacerle estallar a usted una bomba en las posaderas, ¿eh?

—Poco más o menos. Pero eso, sabiendo la clase de chacal que era ese Nutting, me parece un tanto improbable, porque era tanto como colocarse en manos de Burg Burman.

—Es que Nutting se curaba en salud... siempre. Tenía algo capaz de mantener a Burman a raya, algo endiabladamente peligroso y por lo cual Burman habría pagado una fortuna. O habría matado a

Nutting. Pero no antes de que éste le hubiera entregado los clisés.

—Ahora es cuando me pierdo, amigo, porque su cerebro me parece tan retorcido como el de esa sanguijuela.

—Intento pensar como él, meterme en su piel para comprender su modo de actuar. No creo equivocarme, Turner, porque yo conocía perfectamente a Nutting. Era un ser despreciable, ruin y cobarde hasta la médula. Además, era ambicioso hasta un extremo increíble.

—Al grano. ¿Qué tenía contra Burg Burman?

—Eso.

Depositó sobre la mesa otra de las fotografías. La miró y le vi ponerse rígido. Luego sacudió la cabeza.

—Debe ser un truco, un montaje fotográfico. No puedo creer que Nutting pudiera hacer esa foto, justo en ese momento.

—No es un truco. El clisé es una maravilla de claridad, aunque la copia sea infame. Hube de trabajar en una cocina para obtenerla, sin utensilios adecuados, sin ampliadora, casi sin nada.

Volvió a mirarla estupefacto, y no era para menos.

La fotografía mostraba un lujoso interior de un apartamento o *bungalow*, y a dos personajes. Uno era Burg Burman sosteniendo el revólver de cañón corto del que brotaba una columnita de humo. Frente a él, derribado sobre un diván, había un hombre con sangre en la cara, deslizándose de un agujero que tenía en la cabeza.

—Es una fotografía disparada con infrarrojos —dije seguro de mí mismo—. Burman nunca supo que le fotografiaban en el instante de cometer un crimen.

Se quedó mirándome con una extraña chispa en sus ojos implacables.

—Voy a hacerle una oferta por ese clisé, Lombart.

—Olvídelo. Ése y los de las cartas se los entregaré sin que tenga que pagar un centavo.

—Algo debe querer a cambio.

—Seguro.

—¿Qué?

—Su ayuda, Turner. Mejor dicho, la ayuda de sus pistoleros. Hizo una mueca.

—Nunca he reconocido que tenga pistoleros en mis nóminas.

—Ya lo sé. Públicamente, posee usted dos o más negocios

perfectamente legales, pero detrás de esa pantalla es usted el único competidor de Burman en los negocios sucios de toda la Costa.

Sonrió como una hiena.

—Al parecer, sabe usted mucho de mí, Lombart.

—No diga tonterías. Eso lo sabe cualquiera que tenga ojos y oídos, y en mi trabajo yo necesito tenerlos. Una cosa es saberlo, y otra muy distinta probarlo. Aparte de que yo no tengo maldito interés en probar nada.

—Veamos para qué quiere la ayuda de mi gente.

—Burg Burman envió a sus «torpedos» para que me echaran el guante... No me liquidaron de milagro. Si ha leído los periódicos habrá visto que maté a tres tipos anoche.

—¿Eran esbirros de Burman?

—Sí.

—Continúe. Cuanto más habla, amigo, más crece mi respeto por usted.

—Mire, Turner; alguien mató a Nutting, cargándome a mí el mochuelo. Usted no fue...

—Eso puedo jurarlo sobre cien biblias.

—Tal vez fue Burman, si Nutting se pasó de rosca antes de tiempo.

—Quizá..., pero si espera que él lo reconozca sin más ni más, está loco.

—Ya lo sé, pero posiblemente hable más de lo que quisiera si se cree seguro, si se cree que lo que diga no podré repetirlo jamás a nadie. En una palabra, si estoy en su poder y a punto de ser liquidado. Burman hablará aunque sólo sea para jactarse de lo listo que es.

Turner enarcó las cejas. Aquella extraña chispa en su mirada se agudizó.

—Ya veo —murmuró—. Pretende dejarse cazar.

—Aparentemente..., sólo aparentemente. Usted y su gente estarán allí para guardarme las espaldas.

—Eso puede derivar en una batalla campal, Lombart.

—Ya lo sé, pero es el precio que habrá que pagar por todos esos clisés.

Arrugó el ceño. Se echó atrás en el pequeño diván del reservado y al fin murmuró:

—Déjeme pensarlo un poco..., no quisiera ahorcarme a mí mismo.

—Piénselo todo el tiempo que quiera.

Yo también me eché atrás, encendí un cigarrillo y esperé.

CAPÍTULO VIII

Quizá pasaron diez minutos sin que ninguno de los dijera una palabra.

Luego, como si saliera de un pozo muy profundo, Turner sacudió la cabeza y parpadeó.

—Amigo —dijo—, todo esto es demencial. Esas fotos, los retorcidos propósitos de Nutting y ahora usted. ¿De veras cree que Burman pudo ser quien matara a Nutting?

—Él personalmente, no. Ni él ni usted se ensuciarían las manos con tan peligrosos trabajos..., excepto cuando Burman hizo ese trabajito de la fotografía. Y entonces, Nutting estaba allí para obtener constancia de ello.

—Me gustaría saber quién era el tipo muerto en la foto... Debió tratarse de alguien muy importante para que Burg Burman lo matara personalmente.

—Si esa foto llega a manos de los federales se sabrá.

Esbozó una fría sonrisa.

—Llegará —dijo suavemente—. Ya puede apostar todo su dinero que llegará a sus manos.

—Volviendo a lo nuestro, Turner, ¿qué decide?

—Le secundaré. Pero va a correr un riesgo tremendo, y además, perfectamente inútil.

—¿Por qué inútil?

—Porque Burman no mató a Nutting en su despacho, amigo.

—¿Cómo puede afirmarlo, lo hizo usted?

—Tampoco —se rió entre dientes—. Yo desconocía sus intimidades, Lombart. Y no creo que Burman supiera tampoco la existencia de esa «*Parabellum*» de que hablaron los periódicos. Eso es un handicap a la hora de buscar sospechosos.

Le miré fijamente. Yo sabía la clase de tipo que era ese individuo sonriente y educado, casi amable. Podía ordenar que me rebanasen el pescuezo y lo haría sin dejar de sonreír.

—Ni usted ni él lo sabían —dije—, pero sí conocían la existencia de mi automática Nutting y todos sus rastros colaboradores. Ustedes pudieron haber sobornado a cualquiera de ellos.

—Burman, quizá, lo ignoro, pero dígame una sola, una maldita razón por la que yo estuviera interesado en cargarle a usted un crimen.

—No se me ocurre ninguna.

—Ahí tiene.

—Queda Burman.

—Y media ciudad más a mi entender, pero si usted se empeña en que sea Burman quien pague los platos rotos, estoy dispuesto a seguir su juego a cambio de esos clisés.

—De acuerdo, Turner. Hará usted un excelente negocio, sobre todo teniendo en cuenta que obtendrá un clisé extra... por el cual yo debería haberle pegado un tiro.

Dio un respingo.

—¿De qué infiernos está hablando ahora?

Saqué la cuarta fotografía y muy despacio la coloqué sobre la mesa, antes sus narices.

Se puso rojo. Después pálido como un sudario. Al fin barbotó un bárbaro juramento y levantando la mirada clavó sus ojos de pescado en mi cara.

—Lo siento... —barbotó—. Pero no puede culpar a nadie de sus propias estupideces, Lombart.

Sostuve su mirada y señalé la foto.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Bueno..., ¿qué importa? Sucedió y eso es todo.

—Quiero saberlo, Turner.

Suspiró resignado.

—Está bien, fue justamente cuando usted aparecía cada día en las revistas en compañía de ella... En pleno idilio.

—Ya veo...

Volvió a mirar la fotografía. Aquella imagen en que aparecían él y Jill Prescott enzarzados en un obscuro combate amoroso, sobre un enorme lecho estilo Hollywood.

Con voz sin inflexiones, el gánster mascullo:

—Yo conozco a Jill hace mucho tiempo. No me seduce mantener una relación regular con ella..., es una suerte de animal devorador de hombres, si sabe lo que quiero decir. Ella suele jugar fuerte en uno de mis casinos y así fue como la conocí. La he sacado de algunos apuros monetarios y de ahí vino todo lo demás. Por si le importa, le diré que no significa absolutamente nada para mí, ni yo para ella.

—Es asombroso el sucio mundo en que viven todos ustedes, Turner.

Se encogió de hombros.

—Yo no lo hice así, amigo; me limité a tomarlo tal como me lo entregaron, con toda la basura que contiene, incluidos los tipos como Nutting. Porque imagino que esa fotografía también estaba en su poder.

—Ni más ni menos.

—Era un tipejo que se movía mucho al parecer...

—Y usted que lo diga. Además, Nutting estaba loco por Jill, eso lo sabemos todos los que le conocíamos.

—Ya veo. Esa fotografía, ahora que la chica se ha casado, representaba una fortuna en sus manos.

—Y tal vez el argumento definitivo que le haría poseerla como siempre ansió sin conseguirlo.

—Amigo, el que le voló los sesos a esa rata debería ser declarado héroe nacional...

—Yo le nombraría, si no hubiese hecho las cosas para cargarme a mí con el fiambre.

—Claro.

Dio un vistazo a su reloj.

—Si quiere pillar a Burman esta noche hemos de empezar a movernos. Necesito reunir a mi gente.

—Ya podemos irnos.

Le dejó que pagara el gasto. Después de todo, yo estaba poniéndole en bandeja el control de toda la Costa, así que bien podía despilfarrar unos centavos conmigo.

Instantes después salimos zumbando en su propio y potente vehículo.

Los dos coches se detuvieron como sombras, con todas las luces apagadas.

En el de cabeza viajábamos Turner y yo en el asiento posterior, y dos hombres ceñudos en el delantero.

En el segundo vehículo, cinco silenciosos pistoleros profesionales saltaron al suelo en medio de la oscuridad.

Nosotros también nos apeamos. Turner esbozó una mueca.

—A pesar de todo, va usted a jugarse el pellejo, Lombart. ¿Se da cuenta?

—Perfectamente, pero confío en que ustedes sabrán hacer su trabajo.

—Eso puede jurarlo, maldito sea usted. No quiero que le vuelen los sesos antes que me haya entregado esos clisés.

—Su altruismo es conmovedor, Turner.

—Deje las frases y póngase en movimiento.

Le miré por última vez antes de seguir solo. Luego di un vistazo al pequeño ejército de desalmados que por una vez iban a pelear por algo legal y honesto. No pude sentirme tranquilo de ningún modo.

Me puse al volante del primer coche y sin encender las luces lo manejé un trecho con precaución. Luego, encendí los faros y un minuto más tarde apareció ante mí una sólida verja de hierro.

Paré el auto y dejé que el torrente de luz inundara la entrada hasta más allá de la verja. Busqué un timbre en el pilar de ladrillo rojo y lo apreté insistentemente.

Eran las tres y cuarto de la madrugada.

Hube de aguardar unos largos instantes. Luego, del pilar surgió la voz metálica de un intercomunicador.

—¿Quién diablos...? —barbotó la voz ronca—. ¿Sabe la condenada hora que es?

—La mejor para esta clase de visitas. Dígale a Burg Burman que Max Lombart quiere verle.

—¿Quién?

—Lombart.

—¡Espere!

Aguardé. Oía el zumbido del aparato y podía imaginar

perfectamente la brusca actividad que debía haberse desatado en la invisible residencia del zar del crimen.

—¿Lombart? —tronó una voz distinta.

—Sí.

—¿Quién viene con usted, la policía?

—Si la policía pudiera echarme la vista encima sólo me acompañaría a San Quintín.

—No lo entiendo... Voy a abrir la verja. Entre a pie. ¿Comprende? Sin coche, sólo camine. Si es alguna clase de truco le convertirán en unos zorros.

—Nada de trucos. Usted y yo hemos de hablar, Burman.

—No sabe cuánta razón tiene...

La verja se abrió ante mí accionada por algún mecanismo electrónico. Apenas hube entrado a buen paso se cerró otra vez en silencio.

Caminé por el amplio sendero de grava y casi al instante pude advertir la invisible presencia de hombres a ambos lados. Vigilaban para asegurarse de que yo llegaba solo, y luego me seguían como perros de presa. Era justamente lo que me convenía.

Vi la mole del edificio y una luz se encendió en el porche. Como si eso hubiera sido una señal, los tipos que me vigilaban ocultos entre la vegetación salieron como sombras, rodeándome. Todos empuñaban pistolas.

Subí los peldaños casi empujado por los cañones de todas aquellas armas. Conté cinco pistolas en total.

Entonces se abrió la puerta y apareció Burg Burman.

Sonrió con una mueca de lobo.

—No sabe cuánto deseaba verle, Lombart —cacareó rechinando los dientes—. Ha sido muy amable al venir voluntariamente...

Disparó el puño de abajo arriba. Me cazó en el mentón, completamente desprevenido. Sentí una explosión en la cabeza y salí volando.

Era una condenada manera de empezar el diálogo.

CAPÍTULO IX

Con la cabeza zumbándome me llevaron al interior, después de registrarme.

Cuando mi visión se aclaró descubrí que habíamos entrado en una espaciosa sala. El suelo estaba cubierto por una alfombra blanca y los muebles eran una mezcla.

Miré en torno. Había cuatro hombres allí, además de Burg Burman. De manera que fuera del salón había quedado uno de aquellos matones.

Burman se dejó caer en una butaca. Era un tipo delgado, casi esquelético. Tenía pómulos salientes, ojos hundidos y una boca como un tajo en medio de la cara.

Incluso cuando sonreía producía náuseas.

Y entonces estaba sonriendo como un chacal.

—Aún no comprendo cómo ha sido usted tan rematadamente estúpido como para presentarse aquí... sabiendo que yo había enviado a tres de mis hombres a cazarlo.

—Fueron los que murieron la otra noche, claro... Pero debió invitarme a venir, Burman. Yo siempre estoy dispuesto a tratar de negocios, pero amistosamente.

Dejó de reír y casi se levantó, echando chispas.

—¿Cómo se atreve...? ¡Maldita sea! Debe estar chiflado. ¿Es que aún no ha comprendido que no saldrá vivo de aquí?

—Yo tengo otras ideas.

—Olvídelas. Mató a tres de mis muchachos. Sólo por eso, voy a hacer que le arranquen la piel a tiras. Pero además tengo otras razones para enterrarle, Lombart.

—Maldito si me importan sus razones. Yo también tengo argumentos con que hundirle a usted, Burman.

—Siga soñando. ¡Hertz!

Por el rabillo del ojo vi acercarse a uno de sus esbirros. Era de mediana estatura y su cara resultaba tan expresiva como un pedazo de madera.

Se detuvo a dos pasos de mí, expectante.

Burman me lo presentó.

—Hertz es un experto cuchillero, Lombart. Con una navaja en la mano puede hacer filigranas en la barriga de un tipo... En la suya en este caso.

Me estremecí, porque viendo la cara de aquel engendro no cabía la menor duda de que era muy capaz de cortarme en pedacitos, sólo para abrir la boca.

—No se precipite, Burman —dije, no obstante—. Aún no sabe la bomba que tengo colocada bajo sus posaderas.

—Nada de cuanto diga le salvará.

—No se trata de lo que diga o deje de decir, sino de lo que ocurra con una fotografía.

—¿De qué está hablando?

—De una foto que Nutting guardaba con mucho cuidado. Y tengo la idea de que usted mandó matarlo a causa de ella.

Enarcó sus cejas como cepillos.

—Todo el mundo sabe que fue usted quien lo liquidó, Lambert —gruñó—. ¿Qué clase de tontería es la que se le ha ocurrido ahora?

—Nada de tonterías. Yo no maté a Nutting, aunque me habría gustado hacerlo. De modo que si Nutting tenía algo «verdaderamente» explosivo contra usted, es lógico imaginar que le liquidó para sacudirse esa amenaza.

—Está chiflado, Lombart.

—No lo creo Mi cabeza funciona estupendamente. ¡Por ejemplo, sé que Gupstein te llamó desde el apartamento de Nutting!

—¿Y qué tiene que ver eso con...?

—Le llamó y le habló de que existían unas pruebas terribles contra usted, pero también contra Turner. Gupstein pensó que podría continuar el negocio de Nutting... el mismo negocio del que usted ya sabía algo puesto que estaba en tratos con él.

—Va conseguir que me dé vueltas la cabeza.

—Voy a conseguir algo más que eso. Usted envió a unos «torpedos» a esperarme, porque Gupstein le habló de mí. Le dijo

que le había sorprendido allí y que probablemente volvería para buscar lo mismo que estaba buscando él...

—Eso es cierto, desgraciado. Es lo único cierto de todo cuanto ha hablado hasta ahora.

—También es cierto que sus «torpedos» liquidaron a Gupstein, antes de que yo llegara.

—¿Cómo dijo?

—Vamos, no haga teatro, Burman.

—¡Maldita sea! Gupstein me llamó, advirtiéndome de que usted... En fin, hablé con él por teléfono. Le dije que enviaría alguien para que se ocupara de usted si volvía al apartamento de Nitting. Después pensé un poco en todo el maldito asunto y decidí que Gupstein podía serme útil, así que le llamé. El teléfono comunicaba. Él debía estar hablando con alguien más. Cuando al fin pude hablarle, diez minutos más tarde, le dije que dejara de ocuparse del archivo de Nutting y concentrara sus esfuerzos en el resto del apartamento. Lo auténticamente valioso lo guardaba en algún otro lugar porque un archivador no es un escondrijo seguro.

—Entonces, Burman, ¿quién mató a Gupstein?

—Ni siquiera sabía que estuviera muerto.

—Tonterías.

—¡Váyase al infierno! No tengo ninguna necesidad de justificar mis actos ante usted. Puedes ocuparte de él, Hertz, pero te volaré los sesos si lo matas antes de una hora.

Miré de reojo al cuchillero. El tipo parecía relamerse por anticipado. Sacó una navaja de resorte y vi saltar la afilada hoja fuera de la empuñadura con un chaquido.

—Aún debe saber algo más, Burman —me apresuré a decir—. Eche un vistazo a esa foto...

Le arrojé a la cara la fotografía en que aparecía él con el revólver humeante en la mano y el cadáver de un tipo sobre una butaca.

La vio caer al suelo y se inclinó a recogerla. Le dio un vistazo. Pegó tal brinco que por poco no tocó el techo.

Igual de hipnotizado, fascinado por aquella escena, se quedó petrificado mirándola, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

Hertz barbotó:

—Bueno, Burg, ¿empiezo o qué?

—¡Cállate!

—Ya sabía que le interesaría, Burman —dije con sorna.

—¿De dónde...?

—Nutting tenía el clisé muy bien oculto. Ahora lo tengo yo.

—Ya veo...

—¿Quién era el tipo que recibió el plomo?

—¿Para qué quiere saberlo?

—Curiosidad. Después de todo, soy el propietario de esta obra de arte.

—No disfrutará de ella, Lombart. Acáballo, Hertz.

—Piense en el clisé...

Vaciló. La cólera le cegaba. Podía leer en sus pupilas el inmenso odio que le devoraba.

—¿Qué propone, un trato? —barbotó.

—Algo así. Pero dígame a esa bestia que quite el cuchillo de mi vista. Me pone nervioso.

—Va a ponerse aún más nervioso dentro de un minuto. No hay trato alguno que usted pueda hacer. Haré que le corten los dedos de las manos uno a uno hasta que me diga dónde guarda ese clisé, eso es lo que voy a hacer.

—Saldría usted ganando haciendo las cosas de un modo más civilizado. Por ejemplo, diciéndome qué negocios se traía usted con Nutting, por qué ordenó matarlo y por qué hizo lo mismo con Gupstein. ¿No le parece mucho más razonable eso?

—No me conoce, Lombart. Hertz, córtale un dedo de la mano derecha. Y vosotros, sujetadlo.

Hertz dejó escapar una especie de relincho. Los otros me cayeron encima sujetándome violentamente.

Hertz se colocó delante de mí. Me enseñó la navaja.

Sonó un estampido y la cabeza de Hertz pareció reventar como una fruta podrida.

Me soltaron para echar mano de sus armas. Sólo que se detuvieron a la mitad del ademán, porque Turner y sus pistoleros cubrían la escena con sus armas y el casi decapitado Hertz era una demostración de que estaban allí dispuestos a todo.

Burman perdió hasta la última gota de sangre y quedó tan blanco como la harina.

Turner comentó:

—Estuve tentado de dejar que le hicieran la manicura. Lombart... ¿Qué tal, Burman? No has aprendido nada en estos últimos tiempos..., sigues siendo una mala bestia sin sesos.

—Me dedico a los mismos negocios que tú, así que somos iguales.

—Hay algunas diferencias, pero no hemos venido aquí para ponerlas de manifiesto. ¿Qué ha conseguido usted, Lombart?

—Apenas nada. Burman no quiere charlar amistosamente.

—Déjelo a nuestro cargo. Le haremos hablar.

—Eso puedo hacerlo yo.

Volteé la mano y golpeé de revés la cara del esquelético gánster. Burman giró sobre los pies por impulsos del golpe y fue a estrellarse de narices contra la pared que tenía detrás.

Cuando se volvió, su cara era un mar de sangre.

Vi cómo dos de los pistoleros de Turner se llevaban a los hombres de Burman. Cuando éste se vio solo y en nuestro poder se puso verde.

—Vamos al grano —dije—. ¿Por qué mataste a Nutting y a Gupstein?

—¡Yo no maté a nadie! —chilló.

—Eso es un embuste como un rascacielos. En esa foto acabas de asesinar a un tipo.

—Eso es otra cosa..., aún no comprendo cómo Nutting pudo realizarla.

—Ordenaste su muerte a causa de esa foto...

—¡No, maldito seas! Yo no tenía idea de que existiera. Si lo hubiese sabido...

—¿Y Gupstein? Estaba enterado de tus tratos con Nutting...

—Ya te dije antes lo que pasó con él.

—De modo que tampoco lo mataste...

—¡Maldito seas, no!

Le sacudí de nuevo y esta vez su boca reventó con el bárbaro puñetazo. Empezó a escupir sangre y dientes cuando cesó de dar vueltas sobre sí mismo.

Turner rezongó:

—No parece que vaya a obtener grandes resultados, Lombart.

—¡Le sacaré la verdad aunque sea haciéndole pedazos como él

pensaba hacer conmigo!

—Tal vez esté diciendo la verdad. Burnan no es ningún héroe para soportar mucho rato sus caricias.

—No diga tonterías. Todo lo que ha dicho hasta ahora es que Gupstein estaba hablando con alguien más por teléfono, cuando él le llamó. Que envió a sus hombres a cazarme y eso es todo.

Lancé un puntapié a la barriga del gánster. Le di donde quería y él soltó un alarido que hizo vibrar hasta las lámparas antes de derrumbarse hecho un ovillo.

—Vamos, Burman, suéltalo.

Me miró por entre un velo sucio de lágrimas, odio y dolor.

—¡Ya basta! —jadeó, conteniendo las náuseas—. No los maté..., yo tenía un negocio con Nutting..., eso es todo.

—¿Qué clase de negocio?

Desvió la mirada hacia Turner, indeciso. Fue el propio Turner quien masculló:

—Acabar conmigo para quedarse con toda la Costa. ¿No es eso, Burman?

—Bueno... Sí.

—¿Cuál era el plan?

—Nutting tenía las fotos de unos documentos que le comprometían...; si yo le pagaba cien mil dólares, enviaría copias a todos los periódicos y los clisés a la policía federal...

—Ya veo.

—Todo eso no me concierne —dije a mi vez—. Los asesinatos, sí. Nutting no se fiaba ni de su padre, así que se proveyó de un cartucho de dinamita contra ti, Burman... ¿Cómo pudo fotografiarte en el momento de cometer un crimen?

—No lo sé. Era un maldito traidor...

—Por eso le diste el pasaporte, como al fulano de la fotografía.

—¡No!

—¿Quién era el de la foto?

No replicó.

Todo aquello era un absurdo monumental. Arriesgar la vida, sólo para que una sabandija como Burman reconociera haber matado al tipo de la foto, cosa que a mí particularmente me importaba un pimiento...

Mientras pensaba en eso, Turner se aproximó al derribado

pistolero, se inclinó un poco y le preguntó amablemente:

—¿Quién era el hombre que aparece muerto en la fotografía, Burg? Y no respondas con evasivas. Quiero el nombre.

—Escucha, Turner, tú y yo podemos llegar a un acuerdo.

Turner suspiró. Aún estaba suspirando cuando la punta de un brillante zapato se incrustó en la ya maltratada cara de Burman. Sonó un crujido y un grito.

Turner volvió a preguntar, casi tan amablemente como antes:

—¿Quién era aquel pobre tipo, Burg?

Burman se ahogaba con su propia sangre. La escupió y algunos dientes cayeron al suelo y él los miró despavorido. Tenía la cara hecha un mapa.

—Se llamaba Malcolm Ward —musitó sin voz.

—Quiero saber todo lo referente a ese tipo, Burg.

—¡Maldito seas...!

—¿Prefieres que te arranque la cabeza?

—Algún día...

—Algún día me darán una medalla por acabar con una rata como tú. Ahora, responde o sigo pateándote.

—Había descubierto... el canal...

—¿Qué canal, de qué estás hablando?

—El canal de entrada de la heroína.

Turner se quedó boquiabierto. Yo sentí que se me revolvía el estómago.

—¿Quieres decir que aquel fulano había descubierto tus fuentes de suministro de drogas?

—Sí.

—De modo... ¡Maldita sea! De modo que era un agente federal...

Burman cabeceó, incapaz de hablar.

Turner apenas podía creerlo, porque eso significaba el definitivo final de Burman y su reinado en la Costa.

—Amigo —comentó, estupefacto—, por algo yo jamás quise tocar la droga. Podrían cargarme con casi todos los delitos del código menos con ése... Burg, siempre fuiste una bestia sin seso, pero ahora resulta que ni siquiera tienes la menor noción del sentido común.

Yo dije:

—Todo eso está muy bien, Turner, pero en lo que concierne a mi problema continuo igual que antes.

—Quizá porque la solución no está en manos de Burg.

—Entonces debe estar en las suyas, Turner.

Me miró asombrado.

—No sea idiota usted también, Lombart. Y me parece que su intervención en este embrollo ha terminado. Habrá de buscar por otro lado si quiere sacudirse sus problemas. Yo me encargaré de Burg Burman tan pronto me haya entregado usted los clisés prometidos.

Tenía razón el maldito. Era una gran cosa mi colaboración. Le acababa de convertir en el único rey de la Costa Oeste a cambio de nada. Pensé que yo era un gran tipo. El más grande estúpido de todo el país.

—Váyase ahora, Lambert —siguió diciendo—. Uno de mis hombres le llevará en el coche adonde usted le diga. Le entregará los clisés a él. Sólo los tres que ya sabe... El de la última fotografía que me enseñó no me interesa en absoluto, puede quedarse con él y mirarlo en sus noches de insomnio.

Soltó una risita que me puso los pelos de punta.

—¿Cómo piensa manejar usted este embrollo? —le pregunté antes de irme—. La cosa puede estallarle en las narices si el tipo asesinado era un agente federal.

—Yo no manejaré nada. Mis abogados se ocuparán de que todo ruede como es debido. Burg acabará sus días en San Quintín, de modo que no se preocupe por todo eso. Usted ya está fuera de juego.

Tenía razón. Yo estaba fuera de juego y no sólo en ese asunto, sino en el otro, mucho más grave, que continuaba colgado sobre mi cabeza...

CAPÍTULO X

Casi amanecía cuando llegamos el pistolero y yo a las inmediaciones de la casa de la playa.

Mi compañero era un individuo que en todo el viaje no había pronunciado una sola palabra, limitándose a manejar el gran coche negro con absoluta seguridad.

Sólo al indicarle el desvío gruñó:

—Espero que no quiera pasarse de listo, amigo. Tengo la corazonada de que estamos dando vueltas...

—¿Qué vueltas ni qué...?

—El patrón me advirtió que no me fiara mucho de usted.

—Tu patrón es un perfecto hijo de perra. Se supone que estábamos los dos en el mismo negocio hasta ahora.

El coche dio un par de saltos en los baches y eso le disgustó todavía más. Luego, la casa apareció entre nosotros y el mar y eso dio la impresión de que le tranquilizaba.

—¿Es ahí? —indagó.

—Sí, para el coche.

Se detuvo y apenas saltamos al suelo una luz se encendió en el porche.

Mi compañero dio un respingo.

—¡Hay alguien en la casa! —resopló, sacando un enorme pistola.

—Claro que hay alguien. Guarda la artillería, maldita sea tu estampa. Se trata de una chica, eso es todo.

Me observó por encima del cañón de la pistola. Parecía muy indeciso.

—Camine delante de mí —ordenó—. Si todo esto es un truco va a pasarlo muy mal.

No había nada que hacer, así que obedecí y él me siguió

vigilándome con su arma. Entonces se abrió la puerta y apareció Melinda como recortada por la luz del interior.

Hasta el pistolero contuvo el aliento al verla, porque la muchacha llevaba puesta una extraña bata holgada, pero de algún misterioso tejido que, con la luz a sus espaldas, se convertía en tan transparente como el cristal, y debajo no llevaba nada más que la piel.

Oí boquear a mi compañero como si se ahogara.

—Nena, si te apartases de esa luz mi acompañante podría volver a respirar con normalidad. Tenemos visita, ¿sabes?

—¡Oh!

Saltó hacia atrás, desapareciendo en el interior. El pistolero bufó:

—¿Es tu chica?

—¿A ti qué te parece?

—Bueno, debía prevenirme...

Enfundó la pistola como a regañadientes y ambos entramos en la casa. De Melinda no había el menor rastro.

Advertí cómo el gánster paseaba la mirada en torno, esperando verla de nuevo. En eso se llevó un buen chasco.

De modo que le di los clisés y le escolté de nuevo al exterior. Estuve viéndole maniobrar el coche y no entré en la casa hasta verle desaparecer en la turbia claridad del amanecer.

Entonces cerré la puerta y apagué la luz del porche.

Melinda estaba en el centro del salón alfombrado, y cuando me vio echó a reír como si se hubiera vuelto loca.

—¡Te impresioné! —jadeó entre carcajadas—. ¡Te dejé helado...!

—Y a ese gorila le dejaste sin respiración. ¿De dónde infiernos sacaste esta mosquitera?

—La encontré olvidada en un armario. Tu amigo el fotógrafo debe traer aquí alguna que otra dama muy espectacular, para que use esa clase de vestuario.

—Eso no lo sé, pero a ti te sienta de maravilla.

La estreché entre mis brazos y nos besamos.

Bueno, resultó algo más que un beso. Por algún extraño fenómeno, aterrizamos sobre el diván aún abrazados, y para entonces ella había conseguido desprenderse de aquella cosa etérea y su piel quemaba.

Fue un amanecer como ningún otro.

* * *

Mediaba la tarde. Espesas nubes habían borrado el sol y el mar estaba tomando un color gris que no auguraba nada bueno.

Melinda estaba en la cocina, peleando con algo a lo que ella llamaba una cena de enamorados, Dios sabe por qué.

Encendí otro cigarrillo sin cesar de darle vueltas a mi situación. Reconocer que con todo lo que había hecho hasta entonces no había adelantado un paso en mi salvación me llenaba de zozobras, porque no veía un solo camino a seguir.

O, para ser exactos, si veía un camino. Era ancho y abierto ante mí, y conducía directamente al penal de San Quintín.

Instintivamente di otro vistazo a las fotografías que me había quedado. Tantas esperanzas puestas en ellas, y al final no me servían para maldita la cosa, excepto para saber, si me hubiese cabido alguna duda, que Jill era una zorra lúbrica y sin asomo de moral.

—La cena estará dentro de cinco minutos —anunció Melinda, apareciendo en la puerta.

Se había vestido un tanto recatadamente y parecía tan fresca como una rosa en primavera.

Vio las fotos en mi mano y enarcó las cejas.

—Ahora quizá me permitas darles un vistazo —protestó—. ¿O todavía no te fías de mí?

—No dejé que las vieras antes para no comprometerte... Cuanto menos supieras de este sucio embrollo mejor para todos.

—¿Y ahora...?

—Los clisés están en poder de Turner. Voy a quemar estas copias y podré olvidarme de ellas. No han servido para lo que yo deseaba.

Me las quitó de las manos. Las que reproducían las cartas la dejaron fría, pero palideció al ver aquélla en la que Burg Burman asesinaba al agente federal.

Luego, cuando le echó el ojo a la última, emitió un resoplido y comentó, rabiosa:

—¡Y fue con esta basura con quien te liaste...!

—Tienes un lenguaje muy poco académico, nena.

—¿Cómo pudiste ser tan estúpido?

—No me lo preguntes. Y ya tengo suficientes preocupaciones sin que tú me acorrales.

—¿Pero es que no te das cuenta?

—¿De qué?

—Esas fotografías son tu salvación.

—Eso pensé cuando las vi por primera vez, pero me equivoqué.

—Me asombra que hayas alcanzado fama en tu trabajo de investigador, si eres incapaz de ver lo que tienes ante tus ojos.

—Ya sé... Piensas que cualquiera de esos dos gánsters pudo matar a Nutting para evitar que él utilizase esas fotos. ¿No es así?

—Ni más ni menos.

—Olvídate. Turner no fue. Ni siquiera sabía que existían las fotos ni había tenido nunca tratos con Nutting. Y en cuanto a Burg Burman, le obligué a confesar incluso la identidad de ese hombre que mató. Era un agente federal, con lo que está listo para lo que le quede de vida. Pero no mató a Nutting.

—Escucha, querido...

—Ninguno de ellos lo mató —insistí, fastidiado—. Yo puede que sea un tanto idiota, pero en cuanto a eso estoy seguro.

Ella arrugó el ceño y sus ojos chispearon como faros.

—Tienes aún esa última foto.

—Ya te dije que Turner no...

Me quedé sin voz al comprender lo que ella quería decir.

Pare remachar la duda, añadió:

—Tú me dijiste que Nutting estaba loco por esa furcia. Con esa foto en su poder habría podido obligarla a bailar desnuda sobre un nido de escorpiones.

—No puede ser... Jill no...

—Bueno, o soy tonta de remate o este asunto en que te han metido gira en torno a las extorsiones de Nutting, y en cierto modo alrededor de esos personajes —mostró las fotografías y prosiguió, entusiasmándose por momentos—. Si esos dos pistoleros no mataron a Nutting, pudo hacerlo ella. Jill debía conocer tu pistola, ¿no es cierto?

—Sí, pero...

—No te queda nadie más.

La miré boquiabierto. Traté de hablar y no pude.

Algo comenzó a rodar en mi cerebro, algo aleatorio, apenas una sombra de idea que puso hielo en mi sangre.

Por si faltara algo, Melinda remachó:

—Te separaste de ella hace sólo unos días. Y a estas horas ya está casada... ¿Por qué tantas prisas, por qué con un gigoló bueno para nada? Todo el mundo sabe la clase de individuo que es ese Balcombe... Consolador de frustradas damas acaudaladas, o para decirlo de otra manera, un tipo que se acostaba con todas las viejas cargadas de dinero y que podían pagar generosamente sus sueños marchitos.

—Espera un minuto...

—¡No trates de defenderla! Se ha limitado a comprarlo, ¿no te das cuenta? Ha comprado un semental y le ha cerrado la boca al mismo tiempo.

La cosa, dicha de ese modo descarnado, sonaba mal. Sonaba hasta obscena si me apuran. Pero de cualquier modo que fuera dicho, era una posible verdad porque una vez casados, ninguno de los dos podía declarar contra el otro.

Además, Balcombe, para el amor, debía ser una suerte de fenómeno si había de creer en su fama, y Jill era capaz de cualquier cosa para experimentar nuevas sensaciones.

Me levanté, rígido. Ella no apartaba sus ojos de mí.

—Ojalá hayas acertado —dije con voz que temblaba.

—¿Qué vas a hacer?

—Preguntar a la feliz pareja si sellaron su noviazgo con un par de crímenes.

La besé en la boca y salí a escape.

Luego supe que, entre unas cosas y otras, se le había quemado la cena.

CAPÍTULO XI

Saber el paradero de los recién casados era lo más fácil del mundo; sólo había que leer los periódicos.

Esa noche estaban en la gran residencia del padre de Jill, donde se celebraba una recepción como despedida a la romántica pareja, antes de que salieran en su viaje alrededor del mundo.

Había decenas de rutilantes coches a lo largo de las verjas. Los más caros modelos procedentes de todos los más afamados fabricantes mundiales estaban representados como en una gigantesca exposición.

Pasé a lo largo de toda aquella chatarra a bordo del pequeño deportivo de Melinda. Cuando encontré un lugar discreto donde aparcar lo abandoné y volví sobre mis pasos comprobando que la mayoría de aquellos acorazados eran conducidos por chóferes de uniforme.

Me fui a lo largo de la verja. No me interesaba cruzar el portón de entrada, donde con toda seguridad había vigilancia para evitar intrusos o curiosos.

En la fachada norte del jardín existía una entrada de servicio, a corta distancia del garaje. La abrí sin ninguna dificultad y me colé dentro. Se oía la música de una orquesta dentro de la casa, y aunque los jardines estaban profusamente iluminados, apenas había nadie en ellos porque soplaba un aire frío y húmedo que auguraba tormenta.

Entré en el garaje, me metí en uno de los coches y dejé pasar el tiempo.

La recepción terminó algo después de medianoche. Desde mi observatorio vi el desfile de brillantes vehículos deslizándose despacio por el paseo en forma de herradura, para recoger, al pie de

la formidable escalinata del palacio, a sus propietarios.

Para entonces empezó a caer una lluvia fina que fue espesándose por momentos. Cuando los últimos coches deslizaban rumbo a la calle, la lluvia era un diluvio impresionante.

Empezaron a apagarse luces aquí y allá. Por lo que yo recordaba de aquella casa, al final sólo quedaron encendidas las del salón familiar.

Corrí bajo el aguacero hasta guarecerme bajo el pórtico sostenido por gruesas columnas de mármol.

Probé el tirador de la puerta y ésta se abrió sin dificultad, de modo que me colé dentro sacudiéndose el agua de la cara.

Quedaban rastros de la fiesta por todas partes. Me apresuré hacia el salón antes de que apareciera algún sirviente.

La puerta estaba abierta y hermosas cortinas colgaban a ambos lados. Protegiéndose en una de ellas, atisé al iluminado interior.

La cosa no me gustó. Vi a Vincent Prescott, el dueño de la casa, arrellanado en una butaca sosteniendo un vaso alto en la mano.

Un poco más allá había tres hombres más, con sus vasos en la mano, sus cigarrillos y sus sonrisas aduladoras. Al verlos el asunto me gustó todavía menos, porque yo conocía a uno de ellos.

La feliz pareja estaban sentados en un diván, un poco a la izquierda del grupo. Jill aparecía radiante, espectacular, sofisticada y bella como una quimera.

En cuanto al tal Balcombe, era poco más o menos como en la fotografía. Un tipo espléndido, con una cara de astro de la pantalla, pero en la que atesoraba una expresión que ningún actor se habría permitido. Era la expresión de vaciedad absoluta de una gárgola.

Retrocedí y subí apresuradamente la amplia escalera hasta la planta superior. Me guiaba una corazonada, pero en mi situación hasta algo tan aleatorio como una corazonada era suficiente para empezar.

Me detuvo ante una puerta tapizada de azul. No oí nada y me decidí a empujarla.

Era el dormitorio regio de la mansión. La feliz pareja no podía alojarse en otro en su luna de miel, así que me colé dentro y encendí las luces.

Vi el equipo de noche de Jill cuidadosamente dispuesto en el vestidor. La imaginé con aquello puesto y sentí un retorcijón en el

estómago.

Comencé a registrarlo todo velozmente y en silencio. El equipo del galán estaba en un cuerpo del armario empotrado. Trajes de alto coste, docenas de camisas flamantes y numerosos pares de zapatos, todo bien ordenado.

Lo desordené a zarpazos.

Encontré lo que había imaginado en el fondo de un cajón, debajo de las camisas.

Era una bonita automática europea.

La tomé protegiéndome la mano con una camisa. Retorcí una punta del cuello y traté de introducirla en el cañón.

No pude, pero al retirarla estaba sucia de un polvillo negro. Lo olí. Pólvora sin duda.

La pistola había sido disparada recientemente y nadie se había tomado la molestia de limpiarla.

Siempre protegiéndome las manos con la tela de la camisa, saqué el cargador. Era de los que pueden contener siete proyectiles. Había cinco nada más, y la cámara estaba vacía.

Envolví el arma con un pañuelo y me la guardé en el bolsillo. Tras esto, apagué las luces y descendí de nuevo a la planta baja.

Oí las voces de los hombres reunidos en el salón, y una risa cantarina de Jill.

Empuñé el pequeño revólver de Melinda y me planté en el umbral.

Jill dejó de reír de golpe. Balcombe me miró y creí que se desmayaba.

En cuanto a los demás reunidos hubo distintas reacciones, pero el único que se movió, levantándose de un salto, fue el padre de Jill.

—¡Maldito sea! —barbotó—. ¿Cómo se atreve...?

—Antes me tuteaba, señor Prescott. Y siéntese. Este chisme es pequeño, pero a esa distancia puede dejarle seco.

—¡No se atreverá a disparar contra mí!

Eché a andar resueltamente, las manos cerradas en sólidos puños.

Apreté el gatillo y la pequeña arma pareció toser. Un sonido ridículo. Pero el millonario dio un salto, un grito y luego cayó sentado al suelo mirándose la pierna herida.

—Le advertí. ¿Alguien más quiere demostrar que tiene valor y

es, además, idiota? Vamos, pruébelo usted, Balcombe.

El feliz marido de Jill miró mi arma y el sudor se deslizó por su cara.

Cerré la puerta a mis espaldas y di vuelta a la llave.

—Ahora hablaremos con calma. Vuelva a su sitio, señor Prescott. Puede andar perfectamente porque sólo tiene un rasguño, así que no haga teatro.

—¡Qué teatro ni qué...! Estoy desangrándome...

—Podría estar mucho peor si yo hubiese disparado un poco más arriba. ¡Siéntese de una maldita vez!

Lo hizo, rabioso como el demonio.

Entonces presté atención al hombre que yo conocía y que no había despegado los labios hasta el momento.

—¿Qué diablos está haciendo aquí, señor fiscal?

—Escuche, Lombart... —Está cavándose la fosa con esa actitud. Permítame.

—No se mueva. No le permito ni pestañear mientras tenga la razón en mi mano. Pero déjeme decirle que me alegro mucho de que esté aquí esta noche. ¿Por qué se quedó, es tan amigo de los Prescott?

—Necesitábamos cambiar impresiones sobre la próxima campaña electoral. El señor Prescott piensa presentarse para el senado, y yo a la reelección. ¿Satisfecho?

—Tengo la impresión de que habrán algunos cambios en su estrategia electoral.

—Mire, no empeore su situación, Lombart. Entréguese a mí y le garantizo que será tratado con todas las prerrogativas que señala la ley. Llamaré al abogado que usted elija y podrá asesorarle desde el primer momento.

—Ya veo. Usted quiere juzgarme por la muerte de Nutting.

—Eso nadie en el mundo puede evitarlo, ya que usted lo asesinó.

—Ahí es donde se equivoca. Yo no maté a Nutting, y mucho menos a Gupstein, de modo que no voy a dejar que me juzguen por algo que no hice. Por eso estoy aquí.

—Le concedo el derecho a basar su defensa en una inocencia en la que nadie cree. Su abogado podrá aconsejarle tan pronto como me entregue ese revólver...

—Lo único que usted quiere es cazarme. Sería un golpe maestro

con vistas a su campaña para la reelección. Pero le repito que vine aquí para quitarme de encima la acusación de asesinato, y es lo que voy a hacer.

Eso le desconcertó y por primera vez dejó de pensar en él y su prestigio para ocuparse de lo que yo había dicho.

—¿Por qué aquí, Lombart? —Gruñó—. Usted no podía saber que yo me quedaría después de la fiesta...

—Usted no me interesaba en absoluto. Fue una sorpresa verle aquí. Y ahora quizá ganemos tiempo yendo al grano.

Paseé la mirada por mis prisioneros. El viejo Prescott estaba recostado contra el respaldo de la butaca, muy pálido, mientras bajo su pie derecho se formaba un pequeño charco de sangre.

Los otros dos elegantes individuos que no habían abierto la boca hasta entonces daban la impresión de que contenían hasta el aliento. Era evidente que la situación distaba mucho de gustarles.

En cuanto a la feliz pareja, seguían en el diván, muy juntos, muy pálidos, muy asustados. Balcombe temblaba visiblemente.

Decidí que ya habíamos perdido demasiado tiempo.

—Señor fiscal, lamentándolo mucho voy a ponerle un espectacular triunfo en la mano. Si pudiera hacer las cosas de otro modo, le aseguro que no sacaría usted el menor provecho de lo que va a suceder aquí.

—Está hablando en enigmas.

—Hablaré con más claridad, pero no con usted, sino con la feliz pareja. La zorra insaciable y el *play*—boy consolador de viejas frustradas... Hablaré con ellos y empezaré por una sencilla pregunta. ¿Quién de los dos mató a Nutting y a Gupstein?

Balcombe dio un respingo y el terror se reflejó en su cara.

En cuanto a Jill, quedó paralizada y tan pálida que daba grima.

El fiscal barbotó:

—Debe estar loco, Lombart...

—Mírelos, señor fiscal. Están a punto de desmayarse de terror.

—¡No puede estar hablando en serio!

—Ya lo creo que hablo en serio. Esa víbora, calificada en las revistas de chismes como la «perfecta dama americana», conocía la existencia de mi «*Parabellum*». Sabía incluso dónde la guardaba. O ella o Balcombe la utilizaron contra Nutting.

—¡Mientes! —chilló la perfecta dama.

—Nutting estaba loco por ti. Vivía soñando con poseerte, pero nunca tuvo éxito, quizá porque a pesar de todo tú aún tienes ciertos escrúpulos a la hora de acostarte con alguien. Él creyó tener una oportunidad poco antes de que apareciera yo. ¿No es cierto, Jill?

—Habla todo lo que quieras. Nadie te creerá.

—Te equivocas, como en tantas otras ocasiones. Nutting te espiaba, sabía de todas tus aventuras amorosas y rabiaba al darse cuenta de que te acostabas con cualquiera menos con él. Por eso ideó el truco de la fotografía.

El fiscal aguzó el oído.

—¿Qué fotografía?

—Ésta, señor fiscal.

La deposité sobre una mesita y él se inclinó, mirándola estupefacto.

Casi sin voz barbotó:

—¡Pero ese hombre es...!

—Un gánster llamado Turner —dijo al ver que se interrumpía—. A Jill siempre le gustaron las emociones fuertes. Nutting pensó que con esta fotografía en la mano obligaría a Jill a someterse a su loco capricho. Esta fotografía, si se hiciera pública, destruiría la reputación de Jill para el resto de sus días. Y si era utilizada después de que se hubiera casado... Bueno, no necesito pintarle un cuadro de lo que habría sucedido.

—Pero Nutting fue encontrado en su despacho, Lombart.

—Claro, porque en aquellos momentos ni Jill ni Balcombe tenían ninguna pistola a mano. Recordó la existencia de la mía y Balcombe compró algunos cartuchos... Sólo metieron uno en la recámara del arma. ¿Cuándo citaste a Nutting, Jill, cuando te llamó por teléfono, después de que se hubo divertido conmigo?

—¡Muérete! Afortunadamente, hay aquí suficientes testigos de tus desvaríos como para que esta escena te cueste muy cara.

—Sé que Nutting hizo una llamada desde una cabina telefónica, después de abandonarme a mí en un cementerio de coches. Era un sujeto ruin, retorcido y cobarde, pero sádico al mismo tiempo. Haberme pateado a mí le había excitado tanto que necesitaba algo más aquella noche. Te necesitaba a ti, Jill. Y te llamó por teléfono... amenazándote con esa foto si no accedías a sus pretensiones.

—No puede probar nada de cuanto dice, Lombart —me recordó

fiscal—. Créame, entréguese y podrá explicar sus teorías delante de un juez.

—¿Crees que soy idiota? Mire a Balcombe, está a punto de desmayarse. Los tipejos como él no tienen madera de héroes y sabe que de aquí irá a San Quintín y a la cámara de gas, ahora que se ha restablecido la pena de muerte.

El gigoló dio un chillido.

—¡No! —gritó histéricamente—. ¡Yo no hice nada...!

—¿Quiere decir que fue Jill quien disparó con mi pistola?

—¡Cállate, imbécil! —rugió su flamante esposa—. Todo eso son embustes de Lombart, así que cálmate.

—Va a necesitar algo más que tus consejos si quiere salvar el cuello. ¿Estabas con él cuando Nutting te llamó?

—Continúa..., tú mismo estás anudándote la soga al cuello.

—Pero es a ti a quien colgarán en todo caso, porque a Nutting le mataste con mi automática, pero a Gupstein, no. Para entonces ya disponíais de una pistola propia. Gupstein también llamó por teléfono, ¿no es cierto? Él había visto la fotografía de marras en poder de Nutting. Sabía que el clisé debía estar oculto en el apartamento y te ofreció buscarlo a cambio de una crecida suma. ¿No fue así, Jill, «querida»?

No replicó. Balcombe era un manojo de nervios, aterrorizado hasta el límite.

—¿Quién mató a Gupstein, tú o Malcombe?

Tampoco replicó. Los ojos del flamante marido parecían a punto de saltarle de la cara.

—No importa —proseguí—. En la pistola utilizada para el crimen habrá las huellas del que la empuñó. Y estoy hablando de esa flamante automática europea oculta bajo las camisas de tu adorable esposo, Jill.

Casi se levantó con el violento respingo que le provocaron mis palabras.

—Las huellas en el arma serán la prueba definitiva. ¿Lo oye, Malcombe? Si fue usted quien disparó contra Gupstein, irá recto a la cámara de gas. Puede preguntarle al fiscal. Pero si las huellas del arma corresponden a Jill... Bueno, le quedará una esperanza.

De pronto, Jill brincó fuera del diván y saltó hacia mí como una tigresa. Volteé la mano armada y el pequeño revólver se estrelló en

su cara cuando ya casi me alcanzaba con sus uñas.

Cayó hacia atrás y yo moví el revólver para evitar que nadie sintiera héroe.

—Voy a hacerle una demostración, señor fiscal —dije, viendo rebullir a la muchacha en el suelo—. Llamaré a la policía y al jefe de redacción del News Record, para que sea testigo. Se llama Bill Marken y él garantizará que no se harán juegos malabares con las huellas de la pistola.

—¿Pero existe realmente esa pistola?

Palmeé mi bolsillo.

—La tengo aquí, envuelta en un pañuelo.

De pronto, Malcombe se derrumbó. Cubriéndose la cara con las manos balbuceó:

—Siempre supe que no saldría bien...

—¡Calla! —bramó Jill, levantándose.

—¿No te das cuenta de que es inútil? Lo sabe todo..., tiene la pistola.

El fiscal abrió la boca, asombrado, y se olvidó de cerrarla.

Jill se arrojó sobre su marido completamente enloquecida, rugiendo, insultándole de un modo atroz.

—Creo que eso aclara muchas cosas, señor fiscal...

Me miró. Boqueó algo que no entendí, y tras esto él y uno de los invitados sujetaron a Jill, separándola de su víctima.

Balcombe tenía la cara hecha unos zorros, porque las uñas de la mujer eran largas y aguzadas como puñales.

—¿Disparó usted, Balcombe? —le espeté.

—Fue ella..., yo sólo le proporcioné la pistola.

—¡Mientes, cobarde, repugnante sabandija, sucio perro del desierto...!

La voz de Jill sonaba aguda, a punto de quebrarse.

Descolgué el teléfono y llamé primero a Bill.

Luego, esperé hasta su llegada antes de meter a la policía en el festival.

Cuando todo acabó eran más de las doce del mediodía siguiente. Me sentía sucio, soñoliento y cansado, de modo que ni siquiera la sensación de sentirse libre arreglaba nada.

En la calle las gentes cruzaban indiferentes. Compré un periódico y leí la noticia de la detención de Burg Burman, acusado

del asesinato de un agente federal.

Para mí eran noticias atrasadas.

Fui en busca del coche de Melinda y enfilé la dirección de la playa. Cuando salieran a la calle los periódicos de la tarde habría más noticias de las que yo había sido protagonista, pero para entonces confiaba en estar dentro de otro mundo.

Un mundo exclusivo para dos. Se me ocurrió pensar que sería una gran cosa que Melinda estuviera esperándome envuelta en aquella prenda de misterioso tejido transparente.

En todo el trayecto ya no pensé en otra cosa.

Sólo que me equivoqué en lo de la excitante prenda transparente.

Ella estaba esperándome, sí, pero no llevaba la extraña bata...

No llevaba encima nada más que su hermosa cabellera.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.
- Ray Brady.

- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.